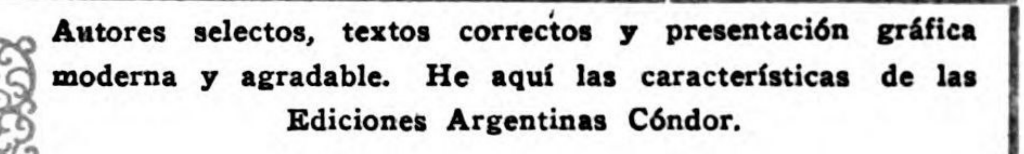
HECTOR PEDRO BLOMBERG

LOS SOÑADORES DEL BAJO FONDO

NOVELA



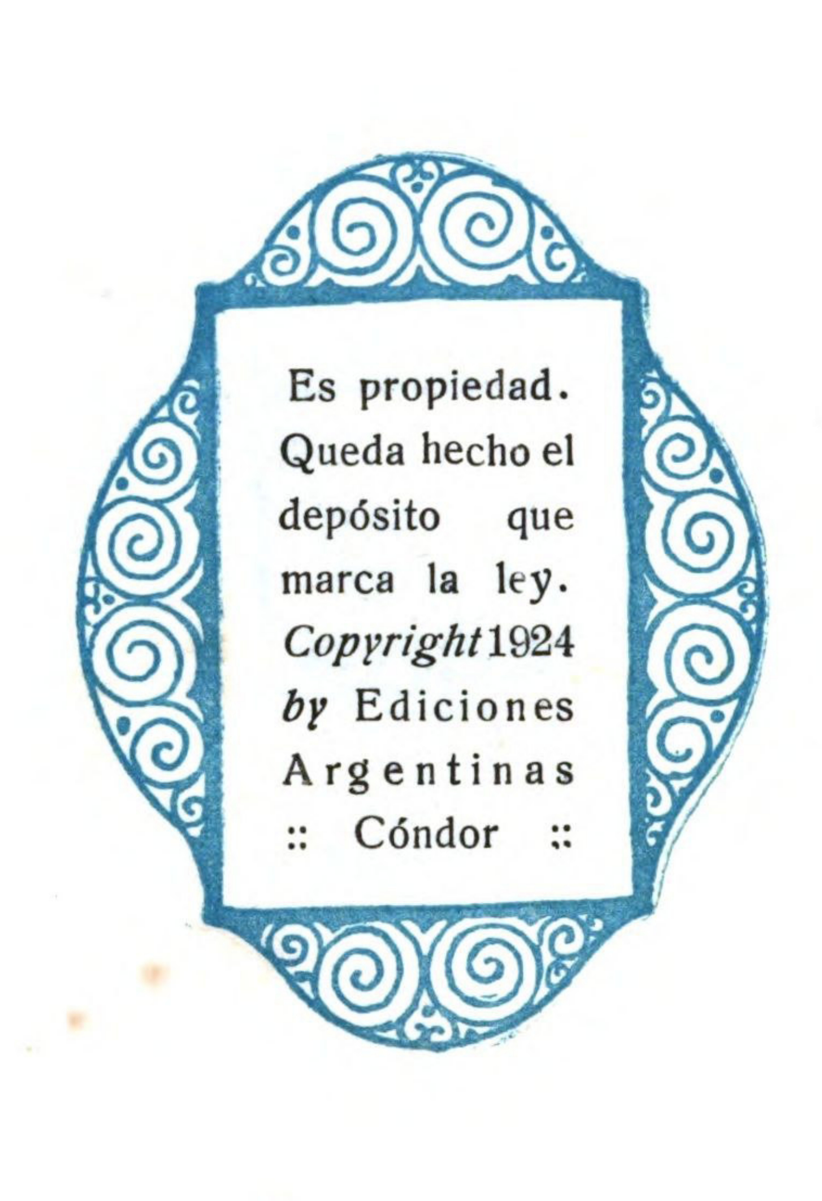
Autores selectos, textos correctos y presentación gráfica moderna y agradable. He aquí las características de las Ediciones Argentinas Cóndor.

Cada libro salido de las prensas nacionales es un paso más hacia la independencia intelectual y económica del país.



Las Ediciones Argentinas Cóndor son integrales, completas, sin cortes ni aditamientos siempre perjudiciales al carácter de los autores traducidos.

En todas nuestras ediciones contribuyen con su esfuerzo, intelectuales, obreros e industrias gráficas nacionales.



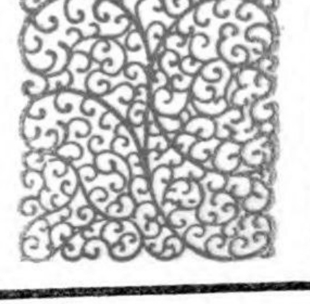



EDICIONES ARGENTINAS
"CONDOR"
COLECCION POPULAR DE
LOS MEJORES CUENTISTAS

HECTOR P. BLOMBERG

LOS SOÑADORES DEL BAJO FONDO

PROLOGO DE
JULIO FINGERIT

EDITORIAL TOR
PARAGUAY 2068 — Bs. AIRES

AGENTES EXCLUSIVOS
PARA LA VENTA



Héctor Pedro Blomberg

HECTOR PEDRO BLOMBERG

ENTRE los pocos escritores que en estos últimos cinco años han trabajado mucho, para incremento de las letras argentinas, está en avanzado término Héctor Pedro Blomberg. Blomberg nació en Buenos Aires, por 1890, y muy tempranamente comenzó a ejercer el periodismo. Pasó por los más grandes diarios de Buenos Aires, en cuyas redacciones la viva soltura de su prosa halló gran estima. Los años que precedieron a la guerra de 1914 le ofrecieron ocasión de viajar por extrañas tierras. Entonces publicó (1912) su primer libro de versos: "La canción lejana", en edición de Barcelona. Pero este libro era un primer libro...

En nuestras revistas literarias colaboraba, y sigue colaborando, con frecuencia: en sus primeras crónicas y cuentos breves se echaba de ver, desde luego, un fuerte sentido de los paisajes exóticos y de las vidas extrañas.

Pero su notoria personalidad, tal como ahora se la conoce, sólo desde 1918 rompe en un desarrollo que ahora está a punto de alcanzar sabrosa madurez. Cuando se fundaron las primeras empresas editoras del país, Blomberg muy pronto dejó de lado el periodismo liso y llano, y se dió a los trabajos literarios con periódica asiduidad. Entonces compuso esas sus narraciones que le han ganado reputación. Sus novelas y cuentos acontecen los más en Buenos Aires, pero traen un fuerte hálito de exotismo, porque los personajes suelen ser peregrinas gentes forasteras. Son obras del viajero que, aunque se está en la ciudad natal

sabe mirar las cosas y las personas con la fresca e impresionista pupila del descubridor de horizontes nuevos. En los viajes se aprende sobre todo a ver distintamente. En esto estriba la primordial enseñanza de las peregrinaciones por tierras foráneas. Blomberg se acostumbró en los puertos del mundo a distinguir en las vidas y los dramas comunes o singulares, con singular y compleja sutileza emocional. Las enormes pasiones de las más pequeñas existencias, los pintorescos azares de las más apagadas almas, los sacrificios excelsos de los miserables, la pobreza interna del vicio brillante, la sensible tristeza hondísima de los profesionales de la alegría sensacional, la virtud latente de los que vegetan en el delito o en la crápula: todos estos achaques y casos, dignos de piadosa consideración, Blomberg los discierne con melancólica morosidad.

En sus viajes soñó mucho, pero mientras soñaba despierto, el arte dormía. Sino que al cabo de los años, después de un lustro de estarse quieto, mas no sin interna inquietud, en Buenos Aires, aquellos vivísimos sueños acabaron por amortiguarse y entonces el arte los aprisionó. Lo que Blomberg ofrece hoy en sus novelas son sus sueños de viajero que ya no viaja, encarcelados en la dorada jaula de la narración. ¿Por qué ha sobrevivido en Blomberg el viajero? Porque, aunque sus peregrinaciones por ahora han cesado, el deseo de tierras y gentes lueñes le sigue asediando. De ahí esas sus novelas del puerto de Buenos Aires: esas sus descripciones de las barriadas cosmopolitas a orillas del río, de las naves que vienen de muy lejos y que partirán hacia remotos extremos, de las gentes nómadas que sufren toda la vida un amor de paso y se quebrantan bajo un odio inextinguible en algún puerto o paradero ocasional. Blomberg sueña con viajar y por eso su arte se vuelve a los sueños que soñó cuando viajaba. Y ¿qué lugares y gentes se asemejan más a los que, curioso, conoció estando de viaje, que esos mesones y cabarets del puerto y ese concurso abigarrado de aventureros, fracasados y navegantes cosmopolitas que allí se congregan?

Blomberg suele discurrir por el puerto de Buenos Aires, contemplando anheloso el tráfago de los docks; y allá se va a mirar las naves que llegan o que se aprestan a partir; y al toparse con tal hombre de mar, que baja a tierra o que se embarca, se figura los casos y cosas por que éste ha pasado y las peripecias que le

sucederán, envolviéndolo todo o en nieblas hiperbóreas o en luces tropicales. En alguna taberna de los muelles traba conversación con uno de esas criaturas que han visto y sufrido mucho; con algún desecho humano, arrastrado por todas las resacas. Este hombre desamparado de toda esperanza, ¿en qué desolada playa no padeció muchedumbre de miserias? Y este otro, ¿en qué populosa urbe no se sintió solo y asolado? Aquél anda buscando en los lugares de paso, y todos lo son para él, consuelo al gran desconsuelo con que carga duraderamente. Y otro hay que, atormentado de un largo y limpio amor inconquistado, se hunde en breves amores de sucio tráfico. Para estos vencidos y errantes personajes no hay puerto que dure ni dolor que acabe. Blomberg se compadece con esas existencias azarosas; los deseos los adivina más que los oye; las escondidas afecciones las columbra, los evidentes vicios los perdona; y a todos los ama, los ama porque si fueron amados, el amor los perdió o perdieron el amor; y para que, si nunca nadie los amó, no mueran sin haber sido amados una vez, aunque sólo sea con el imaginativo amor de artista que él les da; amor que es un generoso egoismo, un afecto que por ganarlo todo para el arte, se da todo en emoción a los demás. Cuando rompen los trabajos en una nave, porque va a zarpar, y se irán los que vió y no vió, él imagina los puertos en que hará escala, los paisajes y gentes que los navegantes frecuentarán, las nuevas peripecias que ocurrirán en los más viejos paraderos del mundo; y vuelve a la ciudad, agitado de recuerdos, de los recuerdos de los viajes que él hizo; y lleno de imaginaciones, de las imaginaciones de los viajes que otros hacen. Y así, en sus novelas, se descarga de sus deseos, de los recuerdos que mantienen vivos a sus deseos de acercarse a lo lejano, de las imaginaciones en el puerto de Buenos Aires que atizan a su sed de revelaciones en todos los puertos cosmopolitas.

Tal es el sentido, por lo que al fuero íntimo de Blomberg toca, de las narraciones, de exótico aliento, que este escritor de Buenos Aires compone. Sí, la definición más breve y más justa que para Blomberg se me ocurre es "el viajero". Y cuando no viaja por los mares y las tierras del mundo, se echa a viajar por los dominios de la historia; e imagina, con igual viva facultad de discernimiento en lo extraño, a los personajes de la historia americana, no todos bien conocidos aún; y los trae, con

su arte moderno, de los distantes términos del pasado, al inflamado círculo de sus sentimientos presentes. Por tal manera ha escrito el drama de Pancha Garmendia, asunto paraguayo del tiempo del dictador Solano López, de cuya familia desciende Blomberg por la rama materna, y una novela — que va a publicarse — "Silvia Irala", con argumento de la misma época. En los versos de Blomberg se halla el mismo espíritu que en sus obras en prosa, que hasta los asuntos suelen ser semejantes. Sólo que en lo poético Blomberg raya aún más alto, porque, la verdad, considerado como lírico, es, en mi entender, uno de los más originales e interesantes que haya al presente en lengua castellana. La musicalidad de su verso es extraordinaria y sólo de él. De modo que, sin hacer de eso cosa escolástica, cumple el sabio precepto de Verlaine: "De la musique avant toute chose..." Pero del poeta hablaré en otra ocasión con más espacio y proligidad, porque se lo merece muy particularmente.

JULIO FINGERIT.



UNA HIJA DEL PASEO DE JULIO

I

NO hay nada más siniestro que una noche de niebla en el Paseo de Julio. La humedad rezuma en estas noches en los muros viscosos, flota, invisible, bajo las arcadas. Algo de tétrico parece acechar detrás de los pilares, y de las sórdidas tenduchas, encajonadas bajo el peso de los grandes edificios, parece surgir un anhelo de tragedia.

Sin embargo, toda una humanidad palpitante, todo un mundo obscuro y ardiente, vive, espera, ama, bajo las viejas arcadas del Paseo de Julio. Las veladas ruidosas de otros días han desaparecido. El silencio ha descendido sobre los bar-conciertos, donde, hace apenas cinco años, las cigarras del hambre y de la lujuria ponían la nota de sus cuerpos lascivos y cálidos.

Las gaviotas del Paseo de Julio han levantado el vuelo. La ciudad inmensa las hizo desaparecer en sus turbias y ardientes entrañas, y de aquellas mujeres bizarras, de aquella feria humana febril que recordaba en el regazo de Buenos Aires los infiernos cosmopolitas de Londres y Marsella, de Barcelona y Alexandría, no queda más que un recuerdo cada vez más vago, cada vez más borroso.

Pero en medio de su actual silencio, cuando las campanadas lentas del Convento de las Catalinas y de la

Cripta suenan las altas horas en el barrio de los conventillos musulmanes, de los tenduchos sirios y de los burdeles cosmopolitas, se escucha aún los pasos vacilantes y pesados de los navegantes alcoholizados. Suenan, espectrales y sonoras, las canciones que cantaban, sobre los sucios tablados de apolillado terciopelo, en las guaridas luminosas de los cafés-conciertos, las miserables alondras de Italia y de España.

¡Aquellas alondras!

Sus voces, roncas de alcohol, de avariosis o de cocaína, tenían la sugestión misteriosa de la vida errante. Volcaban en la turbia entraña del Paseo de Julio el ensueño nocturno de Barcelona, las callejas besadas por el viento del Mediterráneo, que llevaba hasta sus mancebías el calor de las distantes arenas africanas; la fiebre sexual de los muelles de Marsella, con las terribles noches de amor del puerto viejo; el recuerdo acre y excitante de Alexandría, con sus efebos árabes; la visión de las riberas del Támesis, el "water front" donde los cuerpos blancos, amarillos, negros y cobrizos, se enlazan en uniones extrañas y ardientes, bajo el párpado viscoso de la niebla, al resplandor de los faroles azules, que hace danzar sombras monstruosas en las callejas que descienden hacia los muelles carcomidos.

Las poblaciones harapientas y errantes de los navíos de ultramar se acordaban en lejanos países de las noches del Paseo de Julio.

Para aquellos hombres de cuerpos titánicos, de pasiones contenidas y feroces, el Paseo de Julio era una de las riberas del mundo. Soñaban con el alcohol de sus tabernas, añoraban los besos de sus mujeres, en las tempestades del Estrecho de Magallanes, en los lazaretos del Pacífico, en las calmas del Océano Indico, en los roñosos muelles del Oriente.

El Paseo de Julio era todo lo que se iba, los hombres de los navíos, aves de paso en todas las riberas;

los parias del mundo, cruzando los climas en busca del pan, escrutando con ojos hambrientos las inscripciones en los pilares de las agencias de colocaciones.

Era también la miseria y la muerte, con sus covachas negras y profundas, en cuya penumbra pegajosa hormigueaban gentes roñosas y taciturnas.

Librerías obscurecidas ostentaban hileras de romances populares, en italiano y en español, y libros obscenos en sus entradas. Veíanse también salas de diversiones donde en otro tiempo funcionaban los teatros chinescos, salas donde hombres aburridos añoraban la desaparición de la mujer más gorda del mundo y disparaban rifles contra aterrados conejillos de la India, mientras unos monos escuálidos balanceábanse en las cornisas.

Un hálito caliente y trágico de humanidad lo saturaba todo.

El campanilleo obsesionante de los cines subterráneos había reemplazado a las roncas canciones de los "music-halls" desaparecidos.

El vasto rebaño sudoroso y triste pasaba, pasaba siempre. El rumor incesante de sus pasos era el gran canto interminable de la miseria, la voz desolada y profunda del hambre.

II

Eva Meyer había nacido en el regazo del Paseo de Julio, en una noche de niebla.

Su padre, Emmanuel Meyer, era un europeo de nacional indecisa; en el barrio sumergido existía la idea de que fuese natural de Austria.

Hacía muchos años que Meyer llegara a Buenos Aires.

El olor de las frituras indescriptibles, las conversaciones babélicas de los ebrios, la musiquilla de las orquestas míseras, las disputas agrias de las gaviotas humanas, el aroma penetrante de los alcoholes ponzoñosos, era la vida misma para Emmanuel Meyer. Diríase que aquello saturaba su linaje durante generaciones.

Era hijo y nieto de "restauranteurs" de ribera, de bajo fondo marinero.

Su abuelo, Carolus Meyer, tuvo una tabernilla en Trieste. Su padre, Joseph Meyer, que la heredara a los veinte años, espíritu aventurero, la vendió, y fué abriendo y transpasando establecimientos análogos en Malta y el Pireo.

¡Pobre y aventurero Joseph Meyer!

Lo asesinaron en Alexandría. Había instalado allí una mancebía para los oficiales de la marina mercante

inglesa y francesa, los tripulantes que cruzan el Canal de Suez de ida y vuelta a la India y la Indo China. Un día adquirió por ciento cincuenta libras esterlinas una hermosa española a un judío turco. Pero la hermosa española, — era andaluza, de Málaga, — tenía un amante que la andaba buscando hacía meses por todos los burdeles del Mediterráneo. Intentó comprársela, pero no disponía más que de sesenta libras esterlinas, y Joseph Meyer exigía cinco mil piastras egipcias por la "mercadería".

El apasionado amante de la española, en el calor de la discusión, atravesó el corazón de Joseph Meyer de una puñalada.

Emmanuel Meyer, que contaba diez y seis años cuando ocurrió el violento episodio, se apoderó de todo el dinero que encontró, y se perdió en las confusas y populosas riberas del mar latino.

Nadie supo donde anduvo hasta los cuarenta años.

Llegó a Buenos Aires en 1900.

Al cabo de varios meses, establecía bajo las arcadas históricas y legendarias el Hotel y Bar Europa.

Era este establecimiento una cueva profunda y obscura. Gruesos pilares sostenían, sobre el abrumado cielorraso, todo el peso del Paseo de Julio.

Abríase el bar bajo las arcadas, con sus vidrios toscamente pintados de verde. El nombre, en grandes caracteres rojos, incitaba a los sedientos transeuntes del mar a embriagarse con todos los licores de la tierra.

El hotel tenía su entrada oficial en la calle 25 de Mayo, pero una serie de corredores misteriosos, de empinadas escaleras de caracol, unían al miserable bar de Joseph Meyer con el turbio hotel de tenebrosos cuartujos.

Allí nació Eva Meyer.

Vino al mundo una noche de invierno, mientras los cantos de los navegantes sonaban en el bar, entre el humo de los cigarros griegos, mientras su padre des

pachaba torrentes de rubia cerveza y de rojizos menjurjes sobre el mostrador de cinc, y la orquestilla estridente, dirigida por un mulato de facciones cadavéricas, hacía resonar el bar y las arcadas con sus aires interminables.

A los siete años se la veía ya por entre las mesillas, y cuando cumplió los doce, una de sus diversiones era asomarse a los corredores del hotel.

Allí, las parejas del amor miserable desfilaban de día y de noche. Rudos marineros conducidos por mujeres pobremente vestidas, horriblemente pintadas; algunas veces, cuando todas las habitaciones estaban ocupadas, era necesario aguardar el turno, en toscos escaños alineados junto a la pared.

Los ojos curiosos de Eva Meyer acechaban aquellas escenas. Veía estrecharse en abrazos febriles a los hombres rudos y a las mujeres pintadas. Sorprendía los besos viscosos de los parias, unidos un instante por la miseria, el alcohol y la lujuria.

Cuando los veía desaparecer, se quedaba meditando. ¿Qué harían en las obscuras piezas del hotel Europa aquellas mujeres y aquellos hombres?

En su curiosidad infantil, una tarde trató de atisbar por el ojo de la llave en una de las habitaciones donde acababa de entrar un rubio gigante y una frágil mulatilla.

Sorprendida por un camarero, huyó precipitadamente. No había podido ver nada. Solamente pudo escuchar un ruído de ropas, de palabras roncas y entrecortadas, un suspiro jadeante...

Fué entonces cuando Emmanuel Meyer transformó su bar en café-concierto.

Los ojos asombrados de Eva Meyer vieron llegar una tarde una bandada de mujeres que discutieron acaloradamente con su padre.

Eran cuatro mujeres singulares.

Una de ellas era negra, y hablaba un español pausado, silbante. Bajo sus ropas — un traje de terciopelo verde muy gastado, — adivinábase una ardiente afrodita de cobre.

Otra de las mujeres era española, y afeaba su rostro hermoso y regular una úlcera en la mejilla izquierda.

La tercera de las mujeres era una italiana rubia, de ojos claros, de elevada estatura y lentos ademanes, y la última era una criolla algo vieja, de cabello recortado, con las huellas casi desaparecidas de una viruela lejana.

Entre esas cuatro mujeres pasaron los primeros años de la juventud de Eva Meyer.

Las oía cantar, en las noches resonantes del Paseo de Julio, y aquellas canciones se entraban misteriosamente en su alma. La estirpe errante de los Meyer despertaba en ella. El soplo de los navíos próximos, las conversaciones de los marineros, las historias de lejanos países, despertaban un eco punzante en su corazón.

En las noches de niebla, cuando los pobres hombres del mar pasaban tambaleando bajo las arcadas, la voz metálica de la negra cantaba coplas de países soleados, de tierras ardientes, de azules y perdidas riberas. Las sílabas portuguesas caían dulcemente en los oídos de los ebrios.

La italiana pálida y rubia inspiraba una vaga repugnancia a Eva Meyer. Había noches en que aquella mujer, que se llamaba Ginnuccia, no podía cantar. Quedábase afónica.

—Ha estado tomando cocaína, — explicaba la española, y Eva quedábase mirando, con extraña curiosidad, los ojos claros de Ginnuccia, que brillaban con una llama de demencia.

La brasileña se embriagaba algunas veces, y reñía furiosa con los clientes.

Emmanuel Meyer la temía. La negra, cuyo nombre era la Fonseca, había sido luchadora en los circos ambulantes del Brasil, y sus fuerzas eran verdaderamente hercúleas.

Eva se preguntaba, maravillada, cómo había hombres blancos y rubios que gustasen irse por la noche con la Fonseca, cuyo olos de hembra africana algunas veces la hacía apartarse con disgusto.

Era la atracción de la repulsión.

La vida, áspera y brutal, desfilaba así ante los ojos de la hija del Paseo de Julio. Sus carnes infantiles comenzaban a estremecerse al sentir el aliento ardiente de los cíclopes, que temblaban de lujuria entre las copas de alcohol.

La sombría y sórdida existencia de las gaviotas humanas que cantaban en el bar-concierto inspirábale extrañas meditaciones. Veía venderse todas las noches a las lamentables mujeres, y sus miradas curiosas las seguían cuando se perdían en los obscuros corredores del hotel, sosteniendo en algunas ocasiones a sus rudos amantes, que apenas podían tenerse de pie.

El misterio de aquellas piezas la obsesionaba. Más de una vez entró en una de las habitaciones y miraba las sucias camas de madera, llenas de insectos, calientes todavía con los cuerpos ardientes y miserables, imaginándose las escenas que allí se desarrollaban, mientras el Paseo de Julio dormía sus sueños atormentados y profundos.

La española llamábase Pilar Giménez, la Pilarita, y había robado por todos los bars-conciertos del Paseo de Julio. Vivía en una fonda de la calle Tucumán, y desde hacía años luchaba con una avariosis recalcitrante, que estallaba en úlceras en su pobre cuerpo, haciéndole sufrir horriblemente.

Era una buena mujer. Harta de estar en un burdel de Cádiz, vínose a Buenos Aires. Pero la pobre gaviota estaba destinada a permanecer en el Paseo de Julio.

Lloraba de tristeza y nostalgia, con frecuencia, recordando su ribera andaluza, los cantares de los muelles gaditanos, los claveles, enormes como heridas de navaja...

La criolla, Laura Valdivia, era la de más edad de las cuatro. Tenía un hombre que la vigilaba y que le pegaba brutalmente.

Ginnuccia era veneciana.

La Pilarita, para quien las vidas del Paseo de Julio no tenían secretos, ignoraba el pasado de esta mujer.

Ginnuccia conservaba los restos de una hermosura extraña, en sus cabellos rojizos y copiosos, en sus dientes magníficos, en sus manos de princesa.

Hablaba el inglés y el francés a la perfección, y cuando no estaba soñando sus sueños de cocaína, en las tardes solas del bar, leía libros de versos que le regalaban los oficiales de los buques.

Sus amigos enviábanle flores, ramos de violetas y de rosas que le traía una florista gorda y bizca, a la que le faltaba la mano derecha, en cuyo reemplazo veíase un muñón repugnante que agitaba continua y nerviosamente.

Ginnuccia siempre llevaba mangas largas, aun en el verano.

Eva le preguntó un día por qué las llevaba así.

—Usted debe tener lindos brazos...

La veneciana sonrió, y alzándose la manga, mostró un brazo redondo y blanquísimo, cubierto de puntitos cárdenos.

Volvió a sonreir la mujer, una sonrisa extraña, inquietante.

—Es para olvidar las cosas que vienen de noche, carina, — respondió quedamente, — las cosas que vienen, y miran, y hablan... Morfina, carissima...

Dejó caer la manga y se alejó, voluptuosa y lánguida.

—Es una viciosa, — dijo la Pilarita, que había es-

tado mirando, — ¡los vicios que tiene esa mujer!... Por eso los oficiales la buscan, y le mandan regalos... Uno quería llevársela a Italia, pero ella no quiso...

Iba a entrar en detalles sobre los vicios de la morfinómana, pero ante un gesto de Emmanuel Meyer, se dirigió al tablado de terciopelo rojo, donde el pianista mulato dormitaba y los violinistas bebían cerveza.

Eva Meyer la miraba cantar.

Las coplas españolas, alegres y vibrantes, sonaban claras y jubilosas en la garganta de la pobre gaviota arrojada por las marejadas de la miseria a las arcadas del Paseo de Julio, con sus horribles úlceras y su añoranza ardiente, añoranza de cielos azules y de muelles bañados por el sol, bajo el beso salobre del océano.

Las canciones de Andalucía, apasionadas y cálidas, flotaban sobre las cabezas rubias de los finlandeses y turbaban el sueño de los palacios de piedra, que parecían aplastar al Paseo de Julio.

Ginnuccia cantaba aires de Italia, coplas de Sorrento, melodías del Veneto.

Una noche que cantaba "Marecchiaro", un hombre desconocido, un marinero transeunte rompió a llorar amargamente.

—Está borracho, que se vaya, — dijo Emmanuel Meyer, cuya pesadilla eran las frecuentes multas policiales por "admisión de ebrios".

Lo hicieron salir.

El hombre se apoyó en uno de los pilares, bajo las arcadas, y permaneció inmóvil. El vino goteaba de sus bigotes, y las lágrimas de su nostalgia continuaban cayendo sobre las losas gastadas y mugrientas del Paseo de Julio.

La única "artista" cuyas canciones escuchábanse con indiferencia en el bar-concierto Europa era Laura Valdivia.

Sus monótonas milongas del arrabal porteño hacían bostezar a los argonautas. No había en ellas la pasión,

la melancolía, la nostalgia, de las melodías venecianas y las barcarolas napolitanas de Ginnuccia, y las coplas moriscas y las jotas aragonesas de la Pilarita, de los ardientes aires brasileños de la Fonseca.

La añoranza sutil de los errantes, la emoción punzante del recuerdo, estaban ausentes en las milongas de la criolla.

Emmanuel Meyer se encogía de hombros ante la indiferencia del público.

—En el programa debe haber de todo, — decía.

Sabía que los sábados y los domingos acudían al bar-concierto sujetos indígenas, melenudos y ruidosos compadritos, cuya alma se extasiaba con las torpes canciones que hacían bostezar a los navegantes.

III

La madre de Eva Meyer, una mujer obscura y enfermiza, que pasa como una sombra por este relato, y que vivió los postreros años de su inmóvil existencia en las turbias entrañas del Hotel Europa, murió por este tiempo.

La lucecilla inútil y vacilante de aquella vida se extinguió en medio de la indiferencia de todos los que la rodeaban.

Solamente Eva lloró. Emmanuel se embriagó un poco junto a las frías cenizas de su compañera, y pagó suspirando los gastos del entierro.

Meyer, después de la muerte de su esposa, no tardó en establecer relaciones íntimas con una mujer a quien se conocía en el Paseo de Julio con el nombre de "La Aerolita".

"La Aerolita" se llamaba en la vida privada Anita Arévalo, y era un producto del suburbio porteño. Morena, de formas atléticas, desde la edad de quince años oficiaba de "la mujer que vuela" en el más antiguo y el más famoso de los teatros chinescos que funcionaban bajo las arcadas.

Eva Meyer la había visto trabajar una noche.

El aspecto de aquella mujer robusta y ardiente, que aparecía envuelta en un kimono de raso negro con

dragones dorados en oro y un antifaz rojo ante las miradas estupefactas y admirativas de los marineros y los inmigrantes, no dejó de causarle cierta impresión.

Los ojos de los argonautas y de los parias se animaban extrañamente cuando "la mujer que vuela" se despojaba de su kimono negro y surgía, bajo la cruda luz eléctrica, en la gloria de una malla color carne, que acentuaba sus piernas poderosas, sus senos de Diana, sus caderas de diosa.

Una vez en este atavío, Anita se internaba, sonriendo bajo su antifaz rojo, en la cámara de los espejos, un sombrío y misterioso gabinete con las paredes pintadas de negro. Allí efectuaba, sonriendo siempre, su número, el que le había propinado una celebridad que iba más allá del Paseo de Julio,

En aquel gabinete, Anita giraba vertiginosamente en medio de la combinación de espejos. Su figura cálida y potente adoptada actitudes violentas y extrañas. Era una de las sirenas diabólicas de Loreley, un busto femenino triunfante, surgiendo entre las telas negras y los espejos inclinados. Era una visión turbadora, aquella mujer desnuda dislocándose en actitudes convulsas o extáticas, con su antifaz rojo, con su sonrisa satánica, en el obscuro teatrillo del Paseo de Julio.

Meyer se enamoró apasionadamente de Anita. Todo el mundo sumergido y curioso de las arcadas asistió a aquel idilio.

El cuerpo cansado de la señora Meyer aún no estaba frío cuando el dueño del Bar Europa trasladó triunfalmente a su domicilio a la gloriosa y ardiente juglaresa.

Anita se instaló en las profundidades misteriosas del hotel.

Nunca, justo es decirlo, trató de inmiscuirse en la marcha del establecimiento. Respecto de la hija de su amante, adoptó siempre una actitud entre altanera y desdeñosa.

Pero Eva Meyer, y las mujeres del bar-concierto, comprendían claramente que "la mujer que vuela" se había propuesto arruinar a Meyer, cuya pasión senil divertía a los camareros del hotel y del bar, e inspiraba amargos e irónicos comentarios a la Pilarita.

—Poco a poco, le está sacando todo el dinero que tiene, — decía la andaluza, acariciando la úlcera de su rostro; y agregaba, mirando de soslayo a Eva: —Usted debería decirle algo... porque al fin y al cabo, ese dinero que le está sacando la pájara esa, es de usted...

"La Aerolita", a pesar de haberse instalado en el bar-concierto Europa como la amante oficial de Meyer, continuaba trabajando en el teatro chinesco donde ganaba ocho pesos diarios.

Por otra parte, para nadie era un secreto que la astuta y hermosísima criolla tenía un amante "de corazón".

Este era un hombre singular.

Decíase en las arcadas que la policía lo andaba buscando, a consecuencia de ciertas historias algo obscuras y lejanas.

Era hijo de un sirio, o mejor dicho, de un druso del Líbano, que durante muchos años tuvo una tiendecilla en la esquina de Tucumán y 25 de Mayo.

El druso murió asesinado, y su hijo, Alil Gabeño, desapareció durante algún tiempo del barrio. Se le echó de menos en el Café Egipciano, donde solía ir todas las noches a fumar interminables narghiles y a jugar a las damas con los sirios de la calleja de los Tres Sargentos.

Reapareció cuatro años después de la muerte de su progenitor, convertido en uno de esos jóvenes extraordinarios que la mezcla de razas suele producir en Buenos Aires.

Alil Gabeño, a los veintisiete años, era un malevo con alma de árabe.

Dominaba a las pobres mujeres del Paseo de Julio

con su juventud y su mirada centellante, y se hacía temer en los conciertos, en las lecherías y en mancebías.

Alil Gabeño era, por lo tanto, uno de los "souteneurs" más prestigiosos y más temidos en el barrio de las arcadas.

¿Sabía Meyer que el dinero que tan fácilmente sacaba de su caja "la mujer que vuela" iba a los bolsillos del malevo árabe?

Nadie lo dudaba.

Eva Meyer asistía, silenciosa y meditabunda, a aquel drama de prostitución y de pasión. Las pobres mujeres callaban. Pilar Giménez le reveló un día a Eva que Alil había sido uno de los primeros amantes de la brasileña, a la cual golpeaba delante de todos, y de la cual contaba historias estúpidas y brutales.

La luchadora tenía un hijo. Uno de esos hijos inesperados y misteriosos que el destino suele poner en las entrañas estériles de las hembras que ruedan bajo la fiebre de los errantes, como si fueran un grito de amor y de justicia, clamando contra el horror de las pasiones infecundas, contra el espanto de una vida y de un mundo que no debían ser así.

Pero el drama fué la suplantación de Alil en el voluble corazón de "La Aerolita". Un drama que conmovió a todo el Paseo de Julio, y cuyos detalles verídicos constan en los archivos de la policía.

Pero Anita un día se cansó de Alil Gabeño. El malevo árabe acabó por hastiarla con su tiranía brutal y con su inextinguible sed de dinero.

Y una noche "la mujer que vuela", a las dos de la mañana, lo arrojó ignominiosamente del bar-concierto, con profundo júbilo de Pilar Giménez y de Laura Valdivia. Ginnuccia, como siempre, todo lo vió, y volvió a hundirse en sus sueños misteriosos. La luchadora brasileña exhaló un suspiro profundo, y al día

siguiente cantó con un poco más de emoción sus cantares tropicales.

Meyer parecía no ver nada.

El sucesor de Alil Gabeño no tardó en hacerse ver en el Paseo de Julio; ni Anita perdió el tiempo en exhibirlo y ostentarlo ante aquellas gentes que la execraban y la temían.

Habíase enamorado de un extraño sujeto.

Laura Valdivia cobró un asco de muerte al nuevo amante de Meyer. Pilar Giménez chilló con indignación.

Era un holandés de Borneo. Un hombre de proporciones gigantescas, picado de viruelas, el cual apenas podía hablar el español. Llevaba siempre en los bolsillos dos pequeñas serpientes negras.

Mientras bebía sus copas, conversando en su media lengua con Anita, sacaba del bolsillo los inmundos ofidios, los cuales enroscábanse en sus muñecas tatuadas.

Los parroquianos del bar-concierto lo contemplaban sin pestañear. El espectáculo de aquel rubio encantador de serpientes no les llamaba la atención.

Eva Meyer, al mirarlo, palidecía.

La brasileña estremecíase también ante aquellas exhibiciones exóticas, y Meyer, detrás del mostrador, fruncía el ceño, y nunca parecía ver nada.

El holandés de Borneo se llamaba Van Under. Había nacido en Batavia, y era hijo, según decía, de un alto funcionario y de una obscura princesa indígena, en las Indias Holandesas. Hacía muchos años que paseaba sus vicios y sus serpientes amaestradas por las riberas del mundo.

Van Under contaba unos treinta y siete años. A pesar de sus andrajes, de sus viruelas y de sus serpientes negras, tenía el cuerpo de un Apolo rubio.

Tal era Van Under.

Las mujeres del bar-concierto Europa huían, ate-

morizadas y llenas de asco, ante la presencia del holandés.

Pero la antigua apasionada amante del "souteneur" criollo-árabe, la famosa Anita, se prendó inmediatamente del repulsivo personaje. El alma lasciva y caprichosa de la criolla sintióse atraída extrañamente por el sucio dios rubio de las serpientes.

Y el dinero de Meyer empezó a salir de la caja del Hotel Europa para alimentar los bolsillos del holandés, que bebía sin cesar y contaba, en su extraño idioma, historias incomprensibles y maravillosas.

Eva Meyer contemplaba curiosamente la actitud de su padre.

Comprendía obscuramente que una tempestad de sangre agitaba al hombre que le había dado la vida, a aquel silencioso y hábil comerciante que dominaba el obscuro mundo del hotel y del bar-concierto.

Fué el mismo Van Under quien precipitó las cosas, una noche húmeda y brumosa de agosto.

Esa noche, el encantador de serpientes se presentó muy ebrio en el bar-concierto, a eso de las once y media.

Pilar Giménez tuvo un presentimiento.

Abandonó la mesa donde estaba bebiendo con unos fogoneros españoles, y se acercó a Eva, que, apoyada en el mostrador, contemplaba silenciosa, el espectáculo familiar.

—Esta noche hay bronca.

Eva también tuvo idéntico presentimiento. Ginnuccia, la veneciana, callaba, viéndolo todo con sus ojos claros y ardientes, en los que ardían las llamas de los paraísos artificiales, como fuego detrás de agua.

La bronca no tardó en producirse.

Van Under, completamente ebrio, empezó a insultar y a golpear a "la mujer que vuela". Pidió dinero, a gritos, en su idioma internacional, mitad español, mi-

tad francés, con palabras inglesas que todos comprendían.

Meyer alzó sus ojos preocupados desde el mostrador.

En aquel instante, Ginnuccia ocupaba el tablado. Su voz enronquecida cantaba "O sole mio".

Anita ante una bofetada iracunda del holandés, cayó bajo la mesa, con un sordo gemido. Pilar Giménez lanzó un aullido. La brasileña se lanzó hacia la mesa del incidente, pero tropezó con la figura pálida e imponente de Meyer.

Una reacción súbita habíase operado en aquel instante en el alma de Meyer. Muchas cosas había tolerado, en su pasión por aquella mujer viciosa y ardiente que enardecía a los hombres rudos y andrajosos del Paseo de Julio, con sus mallas color carne, con sus carnes gloriosas, en los espejos del teatro chinesco. Había tolerado los amores de "La Aerolita" con el "souteneur" criollo-árabe, para no perder irremisiblemente aquella mujer que le hacía padecer los tormentos del infierno, pero que incendiaba su carne.

Pero que la abofetearan allí, en su presencia, en su propio bar, en presencia de sus camareras, de sus mozos, de su propia hija...

Una chispa de dignidad viril ardió en las entrañas del nieto de Carolus Meyer, y, olvidándolo todo, se lanzó al medio del bar, derribando las mesas, resuelto y trágico.

Eva lo contemplaba fascinada. En aquel instante sintió cierta admiración por su padre.

Un asombro inmenso invadió su alma.

"La Aerolita" gemía, tendida en el suelo, apretándose el rostro con las manos. Al caer, su ropa en desorden dejó ver a los fogoneros de las mesas unas piernas magníficas, envueltas en transparente seda.

Meyer apartó de un empellón a la brasileña.

Por espacio de breves segundos el dios rubio de la

miseria, el sucio encantador de serpientes, y Meyer, se miraron fijamente. En los ojos cínicos y sanguinolentos del holandés de Borneo, veía la injuria del amante afortunado. En las pupilas de Meyer ardía una luz extraña y amenazante.

La orquesta habíase detenido. El mulato miraba la escena con ojos que se salían de las órbitas. Pero la veneciana, que había aprovechado la pausa para hacer una profunda inspiración de cocaína, le ordenó reanudar las notas interrumpidas de la ardiente y nostálgica canción veneciana en el bar-concierto.

Meyer había cogido del cuello al dios rubio. Un torrente de palabras incomprensibles salían de sus labios.

Van Under, súbitamente pálido, comprendió. Meyer hablaba en alemán. El sudor corría en menudos torrentes por el rostro de Meyer.

De pronto, el encantador de serpientes se apoderó de un pesado vaso en el que acaba de consumir medio litro de cerveza, y lo dejó caer, con fuerza brutal, sobre la cabeza de Meyer.

Eva y Pilar lanzaron un grito. La orquesta enmudeció repentinamente, y fué la brasileña la que levantó en sus robustos brazos la cabeza de Meyer, por cuyas mejillas corría un arroyo de sangre. Una herida enorme dejaba al descubierto el cráneo.

"La mujer que vuela", causante de la catástrofe, se incorporó, frotándose la cara dolorida. Un espanto sin nombre la hizo vacilar, dobló sus rodillas, al ver la cabeza ensangrentada de Meyer.

Van Under había huído. Eva Meyer, aterrada, no se olvidó nunca de aquel hombre picado de viruelas, tambaleante de alcohol, que se perdía en las profundidades del Paseo de Julio, mientras dos viboritas negras se escapaban de los bolsillos de su traje harapiento.

Por espacio de muchos años vivió siempre en su memoria la escena de aquella noche; la amante de su

padre, lívida y colérica, lavándose el hinchado rostro con agua helada en el mostrador de cinc; las jeremiadas de la Pilarita, que esa noche había hecho la conquista de un rubio y sonrosado inglesito de un barco inglés; la cara indignada y sudorienta de la luchadora negra, que intentó salir en busca del holandés; la fuga de Laura Valdivia, a quien su amante, el "souteneur" criollo-árabe, arrancó del bar antes de que llegara la policía.

En medio de todo aquello, en aquel drama de pasión, de lujuria, de prostitución, de miseria, Ginnuccia, sentada en una mesa entre dos marineros mercantes ingleses, con los cuales se fué luego por el misterio, el silencio y la sombra del Paseo de Julio, sonreía, sonreía siempre, con sus ojos claros, profundos y magníficos, en los que parecían arder todas las hogueras ignoradas del infierno.

Desde hacía largos meses, misteriosas inquietudes atormentaban a Eva Meyer. En el hálito febril del bar concierto, testigo diario de los dramas de la prostitución en el bajo fondo cosmopolita, el sexo imperativo despertaba en la muchacha de quince años, los zarpazos de los marineros excitados por el alcohol, el soplo de aquellas carnes sudorosas y ardientes, habían rodeado los primeros años de su juventud con un hálito de lujuria. Las confidencias de la andaluza, los vicios misteriosos de la veneciana, todo contribuía a su excitación creciente.

Una tarde subió al hotel, a las piezas reservadas a los viajeros ocasionales. Era en octubre.

El hedor de los cuerpos febriles que se habían estrechado en aquellos obscuros aposentos flotaba en las entrañas del Hotel Europa. En las camas crujientes y pobladas de insectos, veíanse los rastros inequívocos de los idilios miserables.

Eva Meyer vió una puerta abierta, y entró, arrastra-

da por una vaga curiosidad. Una cama de laqué, venerable, parecía acurrucarse en un rincón. Una colonia de cucarachas habíase establecido en otro de los rincones. El mármol azulado del lavatorio estaba roto, y cubrían las paredes dibujos obscenos.

En la pieza vecina oyóse un rumor inequívoco.

Eva Meyer sintió que la sangre se agolpaba a sus sienes. El hedor penetrante de la habitación, del hotel, la mareaba.

Acercóse de puntillas. En la penumbra de la habitación, un pequeño agujero dejaba entrar la luz del cuarto vecino. Temblorosa, como quien por primera vez va a asistir a un rito misterioso y terrible, presentido y esperado, la muchacha aplicó el ojo al agujero luminoso.

El cuadro que se presentó ante su mirada le hizo palidecer, la sangre golpeaba sus sienes, y su respiración se hizo silbante.

Al otro lado de la pared, dos cuerpos enlazábanse, palpitantes.

Eva Meyer sintió que toda su sangre se agolpaba en su cabeza. Iba a incorporarse, turbada extrañamente por el espectáculo brutal, cuando dos brazos desesperados la ciñeron.

Ahogó un grito.

—¡Cállese, por amor de Dios!

Sintió en la nuca una respiración jadeante, un aliento de fiebre y de alcohol. El hombre la arrastró hacia la cama; las ropas de la muchacha saltaron. En el instante trágico, todas las voces vagas del lugar enmudecieron. En el drama sin nombre, en la sucia y obscura pieza del Hotel Europa, cuando Eva Meyer caía en los brazos de un camarero medio ebrio, rugían todas las pasiones de humanidad. El macho y la hembra de las viejas edades de la tierra se volvían a unir, jadeantes, en el espasmo que perpetuaba las generaciones.

Allá abajo, la orquestilla del mulato iniciaba los "conciertos" del crepúsculo. Los cargadores de los mue-

lles de la Dársena Norte, sudorosos y fatigados, se volcaban bajo las arcadas. La campana de las Catalinas sonaba, grave y triste, el toque de ánimas.

...Cuando Eva Meyer apareció en el bar, Ginnuccia estaba en el estrado de terciopelo rojo. Cantaba la nostalgia inmortal de "Marecchiaro", ante la tristeza inmóvil de los cargadores de los muelles y de los hombres de los navíos.

Detrás de los cristales pintados de verde veíase el paso incesante de los parias, que rimaban con sus pies cansados, con su hambre nunca saciada, con su melancolía silenciosa y ardiente, en la tragedia misteriosa del crepúsculo, el gran canto interminable de la miseria.

Después del episodio con el camarero, Eva Meyer sintió que un mundo nuevo se abría para su pensamiento y para su carne. El hombre, repulsivo y bestial, acechábala siempre. Era un italiano desertado de los barcos, un antiguo "steward" de transatlántico, descuidado y vicioso. Creyó, después de la infame aventura, que la hija de su patrón sería su esclava. En su presencia, Eva experimentaba un estremecimiento de repugnancia, un gesto de odio que no podía disimular. Aquel hombre, de sonrisa canallesca y equívoca, producíale una náusea sin nombre.

Veía en aquel viscoso sujeto una de las figuras secundarias e inevitables en el drama ardiente y obscuro de su vida. El torpe camarero, el hombre que habíala despertado a la gloria del sexo, no era más que uno de esos miserables que se arrastran al margen de la vida verdadera. Si hubiera sido siquiera uno de esos finlandeses rubios y titánicos, uno de esos ingleses dulces y tristes que reinaban sobre el mar, uno de esos escandinavos, bellos como dioses, con sus ojos celestes y sus pupilas cándidas y femeninas...

Durante dos años largos los amores de Eva Meyer fueron diversos.

Pilar Giménez, que observaba de cerca el drama sen-

timental y sexual de la hija de Emmanuel Meyer, interponía sus consejos de mujer experimentada.

—¿No hay ninguno que la quiera de veras?...

No. No había ninguno.

Eva Meyer, en los amaneceres grises del Paseo de Julio, se desprendía de los brazos de los hombres, y experimentaba el mismo cansancio, la misma náusea, el mismo trágico hastío.

Todavía no había encontrado un alma en su camino. Aquellos hombres que pasaban, que bebían una copa de alcohol y se unían con ella un instante, eran tan sólo cuerpos fatigados y sudorientos, bestias enceladas, montones de carne animados por obscuros y torpes instintos.

La sangre errante y aventurera de los Meyer, corriendo por sus venas, reclamaba otros amores, otras emociones...

En el Paseo de Julio, los hombres eran rudos como las cosas. Los gigantes embrutecidos por la fatiga sólo sentían las reacciones violentas del alcohol y la lujuria.

A veces, cuando llegaban los grandes barcos de ultramar, Eva Meyer distinguía entre ellos hombres de rostro inteligente y triste, oficiales ingleses y alemanes en cuyos ojos enrojecidos por el alcohol brillaba la luz de la cultura, del talento...

Rodaban por el mar, confundidos con las legiones sucias y sudorientas.

Ginnuccia, la veneciana, los conocía. Entre la misteriosa y pálida mujer del Paseo de Julio y esos hombres refinados y trágicos establecíase una comunión misteriosa.

Eva Meyer adivinaba vagamente que aquella mujer y aquellos hombres no habían nacido en medio de la miseria y de la angustia.

Sin embargo, aceptaban la vecindad de todos los que las rodeaban, de las hembras avariosas, de los fogoneros sudorosos. Sonreían, en medio de la miseria de la

vida, como si todo lo comprendieran, como si todo lo perdonaran.

Los paraísos artificiales cantaban su canción de olvido, de podredumbre y de muerte, bajo las arcadas del Paseo de Julio.

La pálida y misteriosa Ginnuccia, dos o tres veces, propuso a la hija de Emmanuel Meyer la iniciación en las muertes silenciosas de la morfina.

Pilar Giménez, acariciando sus úlceras, intervenía en el drama.

—No le haga caso... Esas porquerías sólo sirven para morir más pronto...

Eva Meyer la miraba con vago asombro.

Luego, Pilar Giménez, enferma, fatigada, no quería morir...

Era verdad. La muerte, para los miserables, para los ignorantes, para los oprimidos, no significaba la liberación. Para las almas obscuras y atormentadas de los pobres, la muerte es la podredumbre para la carne y el infierno para el alma.

Las religiones sólo enseñaban la resignación del sufrimiento. Lo negaban todo, al predicar el sacrificio de las pasiones, y decían a los hombres, a los hombres pobres y heroicos que hacían marchar el mundo, que creaban las riquezas de los pueblos y de las castas, que la recompensa de los sacrificados, que las lágrimas y los sudores de los hombres sólo se pagan en el sepulcro...

Emmanuel Meyer era protestante. Su hija, la muchacha del Paseo de Julio, tenía nociones muy vagas de la divinidad. Lo único que la impresionaba era el crucifijo y el vago pensamiento de un Dios invisible y amenazante, que derramaba los dolores sobre los pobres, pero que consolaba y hacía felices a los ricos.

Acordábase de un pobre marinero irlandés, que solía exhibir su pecho atlético cubierto de escapularios de seda. Era un creyente. Una noche lo asesinaron brutal-

mente en pleno Paseo de Julio. La policía recogió los escapularios manchados de sangre, y el alma del pobre irlandés se hundió en las aguas eternas, en busca, quizá, de los dioses que le habían dejado sufrir y morir.

Eva Meyer tuvo varios amantes.

Su padre jamás le formulaba el menor reproche, nunca le hacía la menor observación. El nieto de Carolus Meyer pensaba que las hijas bonitas y jóvenes sólo sirven para atraer a los hombres.

—Tenga cuidado con la italiana... Esa mujer la quiere pervertir...

Eva Meyer se encogió de hombros. Había advertido hacía tiempo lo que estaba esperando la veneciana.

Sentía temor y curiosidad al mismo tiempo. Le repelía la expresión ambigua, inquietante, de Ginnuccia, la leyenda de vicio que le rodeaba, y, sin embargo, deseaba conocer aquellas cosas secretas y horribles que dormían detrás de las pupilas centelleantes de aquella mujer.

El tiempo seguía transcurriendo.

La guerra disminuía los barcos y las tripulaciones, pero el Paseo de Julio apenas lo advertía. Las mismas miserias, las mismas almas, las mismas tragedias, continuaban desfilando bajo las arcadas. El alcohol corría siempre por las sucias mesillas y las orquestas seguían resonando en los cafés conciertos.

Y era siempre el mismo desfile de los hombres tristes y harapientos, en las noches y en los crepúsculos, arrastrados por el mismo viento, atormentados por la misma hambre, torturados por la misma sed.

Una noche Emmanuel Meyer, que desde la muerte de su mujer había adquirido el hábito de beber, despidió a Laura Valdivia del bar-concierto Europa.

La pobre mujer desapareció, con sus milongas y su "souteneur", y en su reemplazo hizo su debut otra noche una rubia otoñal, de carnes pálidas y plácidas.

Llamábase Blanca Gutiérrez, y afirmaba ser chilena

En los programas, escritos con tiza a la entrada del "music-hall', figuraba como "la Mujer gaucho".

Subió al estrado del bar con un caprichoso atavío moreiresco: botas de potro, chiripá bordado, calzoncillos cribados, facón y sombrero con barbijo.

Blanca Gutiérrez era el eterno número criollo en los cafés-conciertos de todos los puertos americanos del Atlántico y el Pacífico. Durante veinte años cantó estilos argentinos y exhibió su vestir gaucho en los "music-hall" de la costa continental, desde Pernambuco hasta Punta Arenas, desde El Callao hasta Talcahuano.

El éxito de "la Mujer gaucho" fué relativo en el Paseo de Julio, que la conocía ya, después de una temporada algo lejana en el Verdi, "music-hall" que gozaba de cierta ruidosa y equívoca fama muchos años antes.

Pilar Giménez conocía antecedentes de la rubia chilena. Aseguraba que en un tiempo remoto y fabuloso fué querida de un presidente del Brasil.

Pero el corazón de "la Mujer gaucho" era débil. Sus amores eran como las olas del mar, y de las suntuosas moradas de su antiguo esplendor, había ido descendiendo hasta las profundidades del Paseo de Julio.

Blanca Gutiérrez experimentó una simpatía brusca y profunda hacia Eva Meyer. Ella, la vieja gaviota de todos los climas, la americana débil y caprichosa, envejecida en los idilios fugaces de un cuarto de siglo, tenía un alma simple, afectuosa y pueril.

—Usted es una pobre chica — decía algunas veces, alejándose fastidiada de las mesas de los ebrios, — y no sabe lo que la espera...

Eva Meyer la escuchaba en silencio, pensativa.

Desde el episodio con el camarero, una reacción extraña habíase operado en su alma. Su cuerpo, convertido repentinamente en una gloria de juventud, encendía las hogueras de un nuevo deseo en las noches del café-concierto.

Jamás volvió a mirar al camarero. Fastidiada, lo hizo despedir del Hotel Europa. ¿"Eso" era la gloria de la vida? ¿Lo que arrastraba a los hombres a través del mundo, lo que hacía temblar los cuerpos de los cíclopes? Un compadrito criollo, de cabellos enaceitados y hermosos ojos negros, estuvo a punto de revelarle el grande y obscuro secreto de la vida, del amor y de la muerte. Pero un día le pidió dinero, entre dos besos apasionados, y Eva Meyer le dió la espalda, llena de asco.

Fué un español, un oficialito mercante, el que hizo vibrar en la vida de Eva Meyer la milagrosa canción, mientras los murciélagos revolaban bajo las arcadas y la orquestilla del bar-concierto resonaba en las cavidades misteriosas del Paseo de Julio.

Juan Mira Marín, sobrecargo del "Dolores de la Torre", matrícula de Bilbao, era natural de Vélez, el arrabal de Málaga, y desde los diez y seis años andaba por el mar. Tenía sangre morisca y castellana, y era uno de los españoles del bajo pueblo que han venido al mundo para perpetuar las cosas nobles, poéticas y viriles, que dormitan bajo el cansancio infinito de los linajes. Pinche de cocina en los barcos de carga, durante años vivió la vida trágica de los vapores de carga. Rodó por los muelles de Londres, asqueado por el olor de los vinos de Jerez y las naranjas de Valencia que llenaban las sentinas de sus navíos. Tuvo sus primeras aventuras de marinero en los burdeles de Lisboa, en la Rua dos Vinagres. Anduvo en la carrera de la Habana y de Vera Cruz.

Juanito Mira Marín vivió las miserias del mar pero el sol nunca se apagó en su alma, y cuando conoció a Eva Meyer, en un café-concierto del Paseo de Julio, su sangre meridional se encendió de pasión.

La sangre abrasada de la hija del Paseo de Julio respondió, y siguió un idilio ardiente, que Emmanuel Meyer, indignado, se disponía a interrumpir, cuando una mañana amaneció muerto en su habitación.

V

El fallecimiento de Emmanuel Meyer coincidió con el arresto de la Fonseca. La pobre Pilar Giménez, cuyo rostro estaba ya totalmente desfigurado por las úlceras, se internó, llorando, en un hospital.

Los buitres del Paseo de Julio, los que en vida fueron colegas, amigos y cómplices de Emmanuel Meyer, revolotearon sobre el Hotel y bar-concierto Europa. Las hienas cosmopolitas de las arcadas acudían al olor de la muerte. No era difícil despojar de todo a una pobre Eva Meyer, que apenas entendía el alemán y que estaba enamorada de un marinero español.

"La Mujer gaucho", desapareció también una tarde, con un árabe de la calle Reconquista. El mulato de la orquesta armó un escándalo, pues hacía dos días no se le pagaba. Ginnuccia, siempre pálida y misteriosa, también se fué una noche, con dos oficiales de un transatlántico inglés.

Era el desbande de las gaviotas.

Un mes después de la muerte de su padre, la nieta de Joseph Meyer se encontraba sola bajo las arcadas. Vibraban en sus oídos las palabras amenazantes de los antiguos amigos de su padre:

—Es mejor que usted se vaya de aquí, "fraulein" Meyer...

La noche era de niebla, como la noche en que Eva había nacido, diez y nueve años antes. Era el invierno, y las nieblas viscosas de agosto humedecían con lágrimas misteriosas las arcadas y los pilares del Paseo de Julio.

Estaba sola

En la larga vía estrecha y luminosa alineábanse las posadas griegas, los burdeles franceses, los restaurants italianos, los bars marineros, los teatrillos chinescos.

Al salir del bar, creyó ver a Laura Valdivia, con un hombre que la insultaba. Pero no estaba segura que fuera ella. En los turbios interiores los parroquianos cantaban la canción confusa y obscura de las riberas cosmopolitas del mundo. Hombres sucios, taciturnos, melancólicos, arrastraban la maldición del Génesis frente a las agencias de colocaciones.

La canción inmensa y desolada de la miseria y de la tristeza de los hombres sonaba en aquella ribera de la tierra, en aquel Paseo de Julio cuya leyenda llamaba, como una sirena, a los hombres hambrientos que se arrastraban por los muelles carcomidos de Old Wapping Stairs, frente a los navíos del Támesis, portadores de la riqueza del universo, en las tabernas de San Francisco, con un país de promisión, con un Canaán donde existiera la gran justicia que había de llegar para todos los pobres, para todos los miserables de la tierra...

Algunos hombres le hablaron al pasar. Un borracho la manoseó torpemente.

Eva Meyer, la hija del Paseo de Julio, siguió andando.

Las musiquillas miserables rimaban las horas de la vida miserable y triste. Del interior de los cafés-conciertos, escapábanse las notas de las canciones inmortales, las canciones de la nostalgia, de la ausencia y de la muerte.

Al pasar frente a un bar, Eva Meyer sintió que le llamaban. Detrás de los cristales empañados, entre el

humo de los cigarros, divisó el rostro pálido y enigmático de Ginnuccia, que bebía pipermint en compañía de unos marinos.

Se encontró instalada en la mesa. Las manos transparentes de la veneciana la acariciaron dulcemente. Los ojos encendidos de los marinos la desnudaban, allí, en el tumulto del bar, y Eva Meyer sintió que la ola de lujuria del Paseo de Julio la envolvía, la arrastraba de nuevo.

Fuera, la niebla se hacía cada vez más espesa. Las figuras de los fogoneros, de los vagabundos, de los transeuntes, pasaban, espectrales y misteriosas.

—¿Quiere venir conmigo, esta noche?...

Un rostro amarillo, repulsivo y enigmático, estaba al lado del suyo. Volvió a sentir el aliento de alcohol y de deseo de aquella tarde inolvidable, cuando cayera en los brazos del sucio sirviente.

Ginnuccia la miraba y sonreía con su sonrisa misteriosa y pálida.

Reprimiendo un estremecimiento, Eva Meyer miró en torno suyo. El bar estaba lleno.

En la mesa vecina, una mujer inmensa y siniestra reía estrepitosamente. Hablaba el argot de Marsella y bebía sin cesar. Sus carnes flácidas y abundantísimas parecía que iban a estallar dentro de sus ropas de seda negra ribeteada de rojo. La mujer infernal clavó sus ojos centelleantes en la muchacha. Tranquilamente, sacándose el cigarrillo de la boca, le preguntó a quemarropa:

—¿Quieres venir conmigo esta noche?...

Ginnuccia le hacía beber una copa tras otra. Y allí, en el rumor del bar, en medio de las miradas ardientes que la desvestían, sintiendo las caricias furtivas y brutales de manos temblorosas, de lujuria, en medio del vaho penetrante de alcohol, Eva Meyer sintió que se abrasaba en un deseo nuevo y ardiente.

Ginnuccia seguía contemplándola, pálida y misterio-

sa, y el hombre amarillo, el marino japonés, continuaba su ardiente súplica, en inglés, en francés, en español, mostrándole puñados de libras esterlinas.

Estaban bajo las arcadas, ella, la veneciana, el hombre amarillo y dos marinos ingleses, tan ebrios estos últimos que apenas podían tenerse en pie.

Eva sentía la mano hercúlea del japonés, magullándole el brazo.

—¡"Venez"!... ¡"Come"! ¡Venga conmigo!

El Paseo de Julio extendíase ante sus ojos como una visión de pesadilla. Los bars-conciertos habían cerrado sus puertas, los músicos, hombres y mujeres de ropas raídas, de rostros hambrientos, salían de las guaridas con sus violines bajo el brazo. En la esquina de Viamonte se agolpaban unos curiosos. Eva Meyer alcanzó a ver a la Fonseca debatiéndose entre dos agentes de policía que la arrastraban por las piedras de la calle. La luchadora se defendía heroicamente, con su vestido de terciopelo verde todo desgarrado. Gruesas gotas de sudor humedecían su rostro repulsivo de africana.

Siguieron andando.

De los burdeles y de las lecherías salían voces agrias, acentos amenazantes.

Frente al monumento de los sirios un hombre andrajoso, apoyado en uno de los pilares tarareaba, entre hipos de vino, una canción triste como la ausencia y la muerte, una barcarola de Sicilia, sollozante de nostalgia y de pasión.

Bajo las arcadas, en la niebla, las hembras miserables, las gaviotas fatigadas, hundíanse con sus hombres en las frías entrañas de la noche. El suspiro inmenso de los buques, el olor de los transatlánticos, mezclábase al hedor familiar del Paseo de Julio: hedor de figones, de machos sucios, de hembras pobres, de posadas siempre cerradas, de hotelillos indescriptibles, el hedor

de los lugares donde el sol no llega jamás, el aliento de la miseria, de la prostitución y de la muerte.

Eva Meyer, medio ebria, sostenida por el marino japonés, sentía que todo aquello bullía dentro de su propia alma. Allí había nacido, en el caliente y mugriento regazo del Paseo de Julio. Arriba, una ciudad inmensa y ardiente rodaba las caravanas de sus almas, erguía sus palacios de piedra.

Ginnuccia y sus dos marinos ingleses habían desaparecido. La niebla se hacía cada vez más espesa, y el frío era penetrante.

—¿Usted viene conmigo, eh? ¿Sí?

Se habían detenido frente a una sucia y obscura posada. Los transeuntes hacíanse vagos como fantasmas, y las luces apagábanse a lo largo de la vía estrecha y misteriosa.

El sátiro amarillo la mareaba con su aliento de lujuria y de alcohol.

Eva Meyer sintió bruscamente una náusea inmensa. Su borrachera se despejaba. Su deseo bestial se desvanecía. Las voces de los navíos próximos, amarrados en la bruma, parecían llamarla misteriosamente. Como un eco punzante, las canciones de la Pilarita, de la negra brasileña, de Ginnucia, sonaban en sus oídos, arrullándole con su misteriosa y ardiente añoranza.

Fué entonces cuando el alma del Paseo de Julio acabó de entrar en su alma. El soplo de las perdidas riberas, el resplandor de los distantes soles, el fulgor de los remotos cielos, vibraba bajo las arcadas, desvanecía la realidad miserable del Paseo de Julio y cantaba en el corazón de los hombres hambrientos, borrachos y tristes.

—¡Déjeme!...

Apartó rudamente al hombre amarillo que permaneció estupefacto en la puerta de la posada, y se hundió en la niebla.

No... No quería quedarse en el Paseo de Julio. No

quería ir todas las noches con hombres sudorosos y alcoholizados, no quería llenarse de úlceras avariosas, como Pilar Giménez, ni entregarse a los vicios de Ginnuccia, ni tener un hombre que le pegara, como Laura Valdivia.

Marchaba sin saber dónde iba, bajo las arcadas llenas de sombra. Casi todos los locales habíanse cerrado ya, y sólo permanecían abiertos algunos escasos bars nocturnos.

Un hombre la detuvo en la puerta de un bar.

—¡Nena de mi alma!

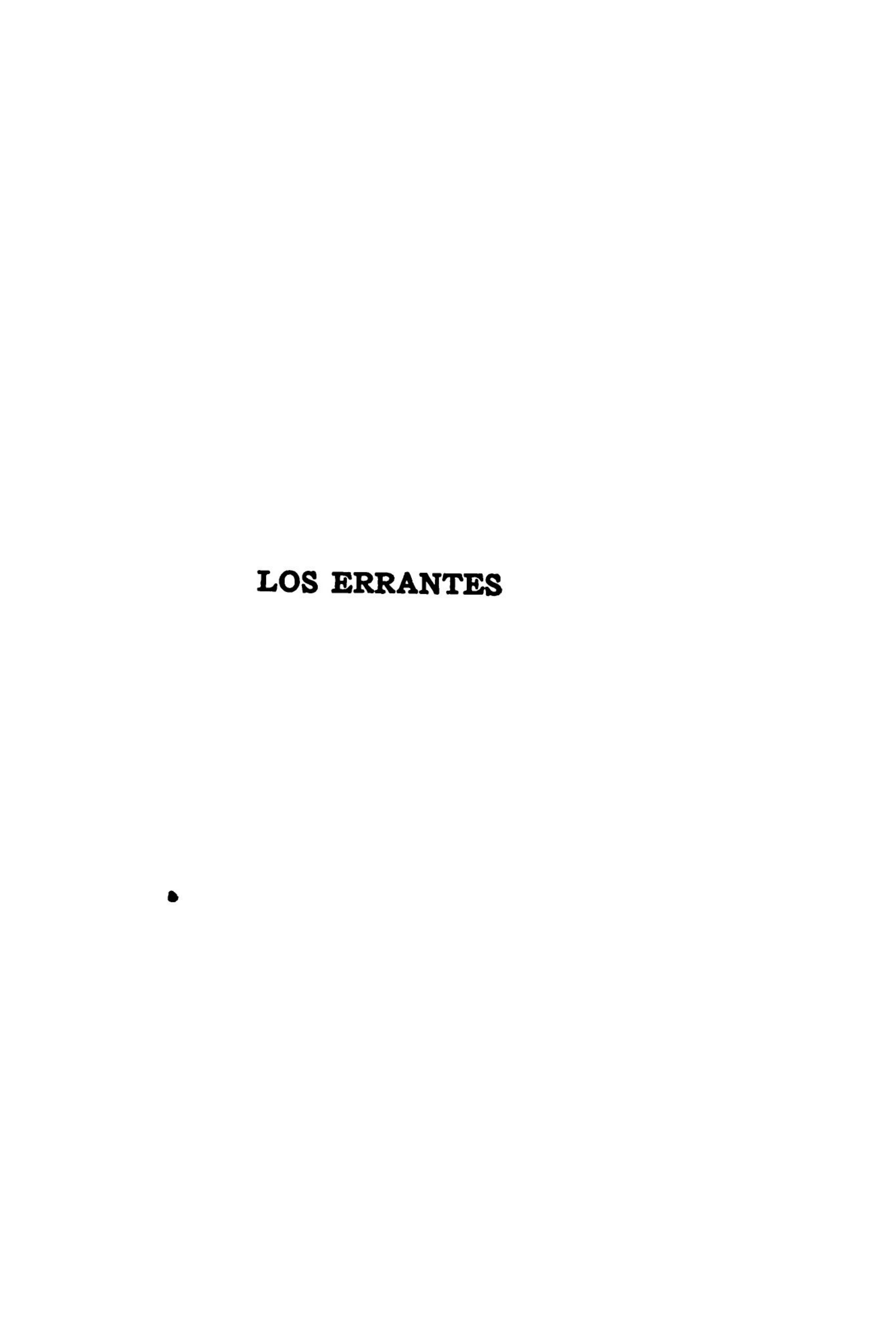
Juan Mira Marín, un poco ebrio, la miraba con sus ojos risueños y cándidos. Eva Meyer se apoyó en su hombro y rompió a llorar.

—¡Pobrecilla!...

Sobre sus cabezas aleteaban los murciélagos. La niebla y la noche estaban llenas de voces, de amenazas, de suspiros.

Cuando amaneció, Eva Meyer ya no estaba en el Paseo de Julio.

FIN



LOS ERRANTES

I

MORGENTHAU! ¡Morgenthau!

El alemán no se movió. Con la frente apoyada en el cristal de la ventana, contemplaba el cuadro tumultuoso del Atlántico, cuyas oleadas grises, hirvientes, enfurecidas, estrellábanse contra el malecón.

—¡Morgenthau!

—¡Ach!

El propietario del Hotel Germania se sacó el toscano casi apagado y escupió con expresión de fastidio. Aquella vocecilla quejumbrosa, persistente, que se oía de la mañana a la noche en los corredores del hotel, se le hacía cada vez más intolerable, le producía una irritación sorda y creciente.

—**Komme sofort, meine liebe,** — exclamó levantando la voz. El rumor sordo de las olas resonaba con ecos profundos en la soledad y el silencio del hotel. Estaba anocheciendo, y el viento que soplaba desde el desierto barría las calles angostas del pequeño puerto, hacía crujir los tejados.

Morgenthau subió la escalera que conducía a las habitaciones de arriba y penetró en una pieza casi a obscuras, en cuya penumbra se dibujaba le silueta menuda y encogida de una mujer cubierta de mantas.

—Me siento mal, Morgenthau — dijo la misma vocecilla, con acento quejumbroso.

El hombre tomó en sus manos robustas y calientes las manecitas frías y frágiles de la enferma, y rozó con sus labios la frente de su mujer.

—Pobrecita, pero pronto te pondrás bien — dijo en alemán, y se quedó silencioso. Pensaba cuánto tiempo viviría aún aquella enferma incurable, que le tenía atado en aquel puerto lejano, a aquel pequeño hotel donde no cabía su ambición de fortuna ni su espíritu aventurero.

—Esta noche llega un vapor de Punta Arenas — dijo, para romper el silencio.

—¿Traerá muchos pasajeros para aquí? — preguntó ella, arrebujándose en sus mantas.

El dueño del hotel se levantó y encendió la luz.

El semblante pálido, casi transparente de la enferma, se destacó en el resplandor amarillento. Tenía los ojos azules, de un azul claro, y en sus sienes se veían las venas casi exangües.

—Los únicos pasajeros que vienen aquí son los de los vapores de Buenos Aires — contestó, acercándose a la ventana, — de Chile casi nunca viene nadie. ¿Para qué habrían de venir?

Cerraba la noche sobre la población, sobre el océano agitado, sobre el desierto sin límites que se extendía más allá de los arrabales.

—Ahí llega el vapor — anunció Morgenthau, divisando las luces de un paquete que aparecía y se perdía entre las grandes olas, — si vienen pasajeros, no podrán desembarcar hasta el amanecer...

Pero la enferma no oyó sus últimas palabras, porque se había quedado dormida entre sus mantas.

Morgenthau contempló aquel rostro de cera, los párpados cárdenos, las sienes surcadas por hilos azules. Le pareció que estaba mirando a una muerta.

II

Erich Morgenthau había sido oficial de policía en Hamburgo. Allí, en su ciudad natal, se casó con Marta Schwarz, hija de un dueño de bar, que le llevó una dote de cincuenta mil marcos.

Una vez que recibió la dote de su mujer, renunció a su puesto y se embarcó para la América del Sur. Llevábalo su espíritu emprendedor y aventurero, un ansia de hacer fortuna, el deseo de huir de aquella vida, serena, obscura, rutinaria, de todos los que había conocido en Hamburgo.

Llegó a Buenos Aires en 1911, con Marta y sus cincuenta mil marcos, y un año más tarde, luego de aprender bien el idioma y las costumbres, partió para la Patagonia. Compatriotas que conociera en los bars de Buenos Aires habíanle hablado con entusiasmo de aquellas tierras opulentas y lejanas, de donde los hombres con algún capital y buena voluntad regresaban enriquecidos en pocos años, sin exponerse a los riesgos que acechaban en Buenos Aires a todos los que llevaban algún dinero.

La suerte le deparó un compañero de viaje que poseía un pequeño hotel en San Antonio, y después de largas conversaciones, mientras Marta tosía y se quejaba en un rincón, el Hotel del Comercio pasaba a manos de

Morgenthau, a cambio de 40.000 marcos en moneda alemana, y cambiaba su nombre, familiar en las costas australes, desde Ingeniero White hasta el cabo de las Once Mil Vírgenes, por el de Hotel Germania.

Pasaron dos años, durante los cuales el ex-empleado de la policía de Hamburgo acumuló algunos beneficios apreciables. No se arrepentía de la compra del establecimiento, pero aquellas entradas no satisfacían sus ambiciones. Veía los ríos de oro que corrían por aquellas tierras ricas y solitarias, los paquetes de ultramar que pasaban llevando las riquezas de los continentes. Sus connacionales de la línea "Kosmos" contábanle historias interesantes de alemanes enriquecidos en otros comercios tan lícitos pero más provechosos que un hotelillo perdido en las vastas soledades del Sur.

En esos dos años, Marta, que siempre tuvo una naturaleza débil y enfermiza, perdió las escasas fuerzas que le quedaban, y llegó a convertirse en una inválida, llorosa, temblando siempre de frío y añorando su lejana y querida Hamburgo.

No tenían hijos.

III

La tempestad amainó poco después de anochecer, y los pasajeros pudieron desembarcar en medio de las tinieblas.

Morgenthau vigilaba a sus tres camareros, que atendían a los parroquianos en el comedor de la planta baja, y bebía a sorbos lentos su vermouth, sin dejar de anotar prolijamente las botellas y medios litros de cerveza, cuando vió entrar a dos desconocidos.

Los observó con mirada escrutadora, como calculando cuánto podría cobrarles diariamente por alojamiento y pensión. El examen no le satisfizo mucho, pero se adelantó al encuentro de los viajeros, disponiendo que los camareros se hicieran cargo de las valijas.

Los parroquianos, sin dejar de comer, contemplaban curiosamente a los recién llegados.

¿Quiénes serían?

Eran un hombre y una mujer.

Vestía ella un tapado obscuro, con el cuello levantado, y un velo espeso ocultaba sus facciones. El hombre, de regular estatura, tenía un rostro ajado, surcado por arrugas diminutas, en el que relucían unos ojos sagaces, penetrantes. Un sobretodo marrón, algo gastado, le llegaba casi hasta los pies.

—Buenas noches, señores.

Morgenthau saludaba cortésmente. Bullía confusamente en su cabeza la idea de que acaso bajo aquellos gastados abrigos se ocultaban dos clientes excelentes.

Sin descubrirse, el hombre del gabán marrón sacó una amplia tarjeta, de las dimensiones de una postal, y la entregó con aire majestuoso.

En un lado de la tarjeta veíase la fotografía de un hombre vestido de frac, con una varilla en ambas manos. Frente a él, sobre una mesa, una calavera reía mostrando sus dientes apretados.

Al otro lado, escrito con letra bastardilla, decía así: "El renombrado profesor Marelli, después de una brillante carrera en los teatros de Europa y América y principales ciudades del Perú, Ecuador y Chile, se ha decidido a venir a esta ciudad con objeto de demostrar su maravilloso arte, todo lo que se refiera a Prestidigitación, Ilusión, Cartomancia, etc.".

Morgenthau levantó la cabeza y contempló al ilusionista.

—Sono io — dijo éste, saludando con el sombrero, — questa e la mia signora...

El dueño del Hotel Germania logró ocultar su decepción.

¡Dos ilusionistas!

Conocía a aquellas gentes errantes y pintorescas, que paseaban por el mundo su propia ilusión, con su pobreza irredimible y su palabrerío frondoso.

Se encogió levemente de hombros y volvió la mirada hacia la compañera del prestidigitador. Pero el velo espeso que ocultaba el semblante de la viajera no le permitió ver si era joven o era vieja, si era bonita o era fea.

—El Hotel Germania está a disposición de los señores — dijo; — ¿desean cenar en el comedor?

—No. Estamos muy cansados del viaje — exclamó la mujer, — y desearíamos cenar en nuestra habitación.

—Muy bien.

Morgenthau los acompañó hasta la pieza, les describió las excelencias de su cocina y de su servicio, pero, discretamente, se abstuvo de preguntarles de dónde venían. Esto lo supo examinando los baúles de los viajeros, en los cuales se veían etiquetas de todos colores, con la dirección de los hoteles modestos de casi todas las ciudades del Pacífico.

Cuando los dejó instalados, asegurándoles que el camarero les subiría la cena diez minutos más tarde, oyó la voz de Marta, soñolienta, quejumbrosa.

—¡Morgenthau!

—¿Meine liebe?

—¿Han venido pasajeros en el vapor de Punta Arenas?

—Sí, dos, un hombre y una mujer...

—¿Quiénes son, Morgenthau?

—Dos prestidigitadores, **meine liebe.**

—¡Ach, tengo un sueño!

Volvió a quedarse dormida y Morgenthau descendió al comedor.

IV

Uno de los parroquianos más fieles del Hotel Germania era un español maduro y jovial, que residía en San Antonio desde que Morgenthau se estableciera allí. Era agente de una poderosa compañía lanera que tenía su asiento en la capital argentina.

Llamábase Julián del Aznar, y a través de su conversación incesante, risueña, adivinábase su noble cuna. Jerez fuera la ciudad de su nacimiento, y después de veinte años de rodar por tierras de América española, conservaba intacto el ceceo pronunciado y gracioso de de la famosa ciudad andaluza.

Fué a la mesa de Aznar donde se dirigió Morgenthau cuando hubo dejado a los ilusionistas.

—¿Caras nuevas?

El alemán hizo un gesto ambiguo, y el andaluz, sin demostrar mayor curiosidad se lanzó en uno de sus relatos pintorescos, salpicados de carcajadas. Su espíritu inquieto hallaba siempre asuntos interesantes en aquella ciudad pequeña y obscura donde lo arrojara su destino errante.

Gustaba de recorrer las tabernas donde los troperos se reunían a beber y a jugar después de entregar los cargamentos de lana a los agentes de las compañías.

Las noches rojas de aquellas orgías le inspiraban

historias y recuerdos. Contaba, entre risas, los duelos a muerte entre los troperos ebrios de champagne, después de atravesar las extensiones desoladas de la Patagonia con sus tropas de carros.

Cada vez que una sirena errante llegaba de Buenos Aires a embolsarse los pesos de los agentes y colonos, en la primavera, Aznar era el primero que le salía al paso, con su gesto señoril y su fácil generosidad.

Jamás hablaba de su pasado. Pero murmurábase que allá en su tierra andaluza, quince años antes, tuvo que dejarlo todo, bienes, familia, relaciones, después de un duelo trágico que la nobleza española no le perdonó jamás.

Y allí estaba, como decía él mismo, en los confines de la civilización, viviendo entre aquellas gentes rudas y aventureras que estaban sembrando en las entrañas de un continente, una odisea del porvenir. Las tierras vírgenes, las extensiones inmensas, ya no pertenecían a los foragidos errantes ni a los animales salvajes. El balido de los enormes rebaños contestaba al sollozo interminable del Atlántico; los gritos de los troperos sonaban entre los rumores de los ríos desbordados con los deshielos andinos.

Aznar no amaba aquellas tierras sin límites, ni sus largos veranos, ni sus terribles inviernos.

Los barcos que pasaban, dejando o llevando a los pasajeros ocasionales, solían producirle hondas y silenciosas nostalgias. Pero al irse los navíos, íbase también su añoranza y volvía a ser el comensal alegre y verboso de siempre.

—¿La señora, sigue mejor?

Morgenthau hizo un gesto ambiguo, y del Aznar, al beber su inmenso vaso de cerveza de un sorbo, lo observó con cierta atención. Hacía tiempo que había comprendido el drama obscuro, silencioso, que ensombrecía la vida del antiguo comerciante de Hamburgo.

Enjugándose la barba y los bigotes grises, paseó la

mirada de sus ojos inquietos y algo enrojecidos por el salón del hotel.

Este salón era restaurant y bar a un tiempo. Morgenthau, poco a poco, lo había ido germanizando.

Sobre las innumerables botellas del bar leíase un letrero con caracteres góticos que decía en alemán: "Hombre, nunca estés triste".

En una de las paredes ennegrecidas por el humo de muchos "meerschaum" destacábase una copia espeluznante del famoso cuadro de Camphausen representando la entrevista de Bismarck y Napoleón III después de Sedán.

Una violeta de los Alpes, cadavérica, patética, horrible, amarilleaba en un marquito azul sobre los barriles de cerveza.

Completaba el ornamento artístico del bar-restaurant un cromo de la familia Hohenzollern, y un retrato al óleo del padre de Morgenthau, con uniforme de sargento de la "landwehr", obra de uno de aquellos pintamonas que pululaban por los mercados y plazas de Hamburgo en tiempos de Federico Guillermo. Morgenthau solía mirarlo con cierto orgullo.

—Había sido carnicero — decía, — pero como soldado, ninguno era mejor en el 118 de la "landwehr"...

Del Aznar pensaba en su propio padre, capitán general de Andalucía, amigo de Alfonso XII, compañero de Prim, caballero de la orden de Santiago, condecorado con las cruces de Isabel y de San Fernando, y miraba con respeto la grotesca efigie del sargento carnicero del 118 de la "landwehr" de Hamburgo.

V

Marelli, el príncipe de los ilusionistas, descendió a almorzar al día siguiente, anunciando que su esposa se encontraba algo indispuesta y no saldría de su habitación durante dos o tres días.

Se instaló en la mesa del español, al cual fué presentado gravemente por Morgenthau, que no acababa de tranquilizarse respecto de la solvencia de aquel raído príncipe de "music-hall".

Durante casi toda la comida, éste no abrió la boca más que para engullir. Del Aznar pensó que acaso había venido ayunando desde Punta Arenas, tal era la voracidad con que hacía desaparecer las "delikatessen", el leberwurst, el sauerkraut, acompañados de cargamentos de pan de centeno y ríos de lager.

Su entusiasmo empezó a declinar al atacar la compota de ciruelas.

—¿Viene usted de lejos? — preguntó amablemente del Aznar, maravillado.

—¿Si vengo de lejos? **¡Ah, caro signore!**

Marelli clavó sus ojos inquietos, vivísimos, en la familia Hohenzollern. Luego, con gárrula elocuencia profesional, se sumergió en el panorama de su pasado.

Era uno de los ilusionistas más famosos del mundo, el rey de los prestidigitadores.

Los diarios de los Estados Unidos habíanlo declarado tal. Rooselvelt, siendo presidente, le regaló un reloj de oro. Conservaba recuerdos imperecederos de los públicos de Chicago, de Baltimore, de Oakland y de Seattle...

Se interrumpía para reconfortarse con tragos copiosos de cerveza negra, que parecían disipar un poco la palidez amarillenta de su semblante.

—¿Cómo se hizo usted ilusionista? — interrogó del Aznar, encantado de aquel encuentro, que prometía aliviarle en algo la monotonía desesperante de aquel invierno austral.

Marelli contempló con mirada reminiscente la pobre "edelweiss" seca.

—**E tutta una storia** — advirtió.

Relató sus proezas en la campaña de Abisinia, en 1895 y 1896; cuando fué hecho prisionero por los árabes en la "**disfatta**" de Adua; la repugnancia que le producían los camellos llenos de piojos. Después, su amistad con un célebre prestidigitador árabe, que le enseñó los misterios que ningún ilusionista europeo ha aprendido todavía.

Más tarde, dueño absoluto de la magia blanca de los árabes, había errado por las ciudades europeas, hasta alcanzar la celebridad. Pero, como era célebre, sus enemigos lo persiguieron. A Galileo, ¿acaso no lo atormentaron? A Savonarola, ¿acaso no lo quemaron vivo?

Marelli parecía creer que Galileo y Savonarola habían sido dos famosos ilusionistas.

Del Aznar lo escuchaba en silencio, gravemente. El otro, a la manera de los de su oficio, parecía dispuesto a no dejarle aventurar una interrupción indiscreta.

Finalmente, Marelli calló, para darse fuerza con otro medio litro de lager.

Del Aznar aprovechó la oportunidad para formular una pregunta.

—¿Su señora es italiana, como usted?

El prestidigitador vació su vaso, lo depositó sobre la mesa llena de manchas y guardó silencio.

Del Aznar vió que las mejillas lívidas del ex prisionero de Adua se teñían de rosa, pero no supo si era por la interrogación o por la cerveza.

En ese momento se acercó Morgenthau, trayendo él mismo el café.

VI

El príncipe de los ilusionistas empezó sus funciones en el único cinematógrafo de San Antonio, pero con un público escaso.

Se presentó solo a las dos primeras, pues la "señora" no seguía bien.

En honor a la verdad, debe reconocerse que la magia blanca de los abisinios no causó impresión en el remoto rincón de la Patagonia. Eran los "trucs" ingenuos y gastados de siempre, la prueba del agua, la desaparición de aves, las manipulaciones de cartas, y a través de todo, la charla incesante del aventurero, para desviar de sus manos las miradas indiferentes o burlonas de sus espectadores.

Aquellas dos primeras funciones fueron un fracaso. No era posible trabajar solo, explicaba el antiguo guerrero de Abisinia. Esperaría que su señora se restableciera para dar espectáculos únicos en el mundo. Ya verían en la Patagonia lo que era la ciencia misteriosa de los magos árabes...

Entretanto, la esposa de Morgenthau empeoraba sensiblemente.

Del Aznar subió a verla una tarde helada y tormentosa en que el bramido del océano estremecía hasta sus cimientos el hotel Germania.

¡Pobre Marta Schwarz!

Al mirarla entre sus mantas, incorpórea, transparente, el español no pudo menos de compararla con la mísera violeta de los Alpes que amarilleaba en su marquito azul sobre los barriles de cerveza.

Pobre flor enfermiza de Hamburgo, que se extinguía lentamente en aquellas hoscas y extrañas riberas, creyendo en sus noches de fiebre que el ronco Atlántico que bramaba cerca era el Nordsee de los recuerdos de su niñez...

—No tiene para mucho tiempo — pensó del Aznar.

En el corredor tropezó con una figura inesperada.

Era una mujer alta, envuelta al descuido en un tapado obscuro, con el cuello levantado.

La luz del corredor iluminó sus facciones, y del Aznar se detuvo en seco.

Aquel rostro moreno, de ojos ardientes, parecía salir del fondo de los años.

Estaba solo en el corredor, La mujer había entrado en una habitación, sin prestar la menor atención al hombre.

Del Aznar descendió lentamente.

En el bar pidió un whisky. Morgenthau dejó su "Tageblatt" y lo sirvió él mismo.

—Su señora no está bien — dijo el español.

—Ya lo sé... Pobre Marta...

—He visto una mujer arriba... ¿Es la señora del prestidigitador?

—Sí — contestó Morgenthau, — creo que el sábado trabaja con él en el cinematógrafo...

Del Aznar empezó a beber su whisky a pequeños tragos.

VII

Continuaban pasando los paquetes, unos hacia el Norte, otros hacia el Sur, por la pequeña ciudad agazapada frente al océano, como aplastada entre las dos inmensidades, la de la tierra y la de las aguas.

Eran los hombres que corrían por las rutas del mundo, redondeando la tierra con su pasión y su ambición, con su hambre y su esperanza.

Algunos de los barcos pasaban de largo, allá lejos, con sus obscuros rebaños de tristes hombres blancos. Otros se detenían unas horas y volvían a hundirse en el horizonte.

Más allá, las tierras inmensas dormían, guardando sus riquezas fabulosas, esperando el advenimiento de las razas.

Pocos extranjeros llegaban a la ciudad. Era la peor época del año, y aquel año había sido duro como pocos.

Una noche todos se embriagaron en el bar del hotel Germania. Morgenthau celebraba el aniversario de Federico Guillermo, y fueron desfondados todos los toneles en homenaje a la memoria del abuelo de Guillermo II.

Unos músicos errantes, desembarcados de un paquete que iba a Valparaíso, tocaron el "**Deustchland uber**

Alles" y **"Die Wacht am Rheine"**, hasta que casi no les quedaron dedos.

Marelli, que tenía una borrachera heroica, contaba sus hazañas en los arenales abisinios. Morgenthau, que se bamboleaba como un casco en una tempestad del estrecho, haciendo temblar peligrosamente las botellas a su espalda, abrazaba a del Aznar, y le decía llorando a lágrima viva que Marta estaba muerta, allá arriba; le contaba con lengua extranjera cómo la conociera, cuando era cajera en el Heinrichkeller de Hamburgo.

Del Aznar no entendía una palabra, porque todo esto Morgenthau lo contaba en alemán.

Por otra parte, el hidalgo andaluz había logrado ponerase en un estado de intoxicación que le era característico, e instaba a los extenuados músicos a que cambiaran sus germánicos himnos por aires de su país. Agitábase su robusta figura en los pasos dislocados de sus tangos andaluces, tientos y malagueñas.

La orgía se prolongó hasta cerca del amanecer.

Fuera, en las callejas estrechas y solas de San Antonio, el Atlántico volcaba su sollozo titánico. Las luces de un vapor solitario parpadeaban en el puerto.

Los músicos, muertos de fatiga, rebosando cerveza, se quedaron dormidos en un rincón. Morgenthau, haciendo crujir las escaleras bajo sus pies pesados y vacilantes, se fué a dormir. En la puerta de su habitación la tos de Marta le recordó que no estaba muerta...

Sólo quedaron Marelli y del Aznar, que apenas podían levantarse de su mesa. El ex prisionero de Adua había quedado reducido a silencio. Sus mejillas lívidas tenían un color rojo-verdoso que le hacía repulsivo.

Del Aznar bebió otro litro de cerveza e intentó levantarse, pero cayó pesadamente y se quedó dormido en el suelo.

Entraba un rayo de luz azulada, que iluminó el grupo inmóvil de la familia Hohenzollern, envolvió las

toscas facciones del sargento Morgenthau e hizo parecer más horrible el cadáver de la violeta de los Alpes, en su marco azul.

Una mujer envuelta en un tapado obscuro apareció en lo alto de la escalera y contempló la escena de la orgía. Luego descendió los peldaños con lentitud, dirigiéndose a Marelli, que yacía como en un estupor. Al acercarse a la mesa tropezó con el cuerpo inerte de del Aznar, que roncaba estertorosamente, y se detuvo.

Aquel rostro varonil, inflamado por las libaciones, despertó un vago recuerdo en su memoria. Se sentó cerca del dormido y durante algunos instantes lo estuvo contemplando, con los codos en las rodillas y el rostro entre las manos.

Marelli volvió en sí y se incorporó pesadamente. Sus ojos turbios, enrojecidos, divisaron a la mujer.

—Eh, **mia cara** — balbuceó, — **habbiamo bevuto de la birra... Ma io no sono ubriaco...**

La mujer lo condujo a la escalera, ayudándole a subir. Al llegar al último peldaño, se volvió y miró otra vez al español, que permanecía en la misma actitud rígida.

Era día claro.

El sollozo interminable del océano proseguía. Las calles de San Antonio, barridas por el viento, empezaban a poblarse de figuras solitarias.

VIII

Morgenthau estaba en las habitaciones de su mujer. Marta se quejaba débimente.

—¿Por qué no me llevas a Hamburgo, Morgenthau? Aunque sea para morir...

El hotelero, ceñudo, guardaba silencio. El invierno se iba, y aquella mujer suya, enfermiza, casi moribunda, seguía con un pie en la tumba y otro en la cama, sin resolverse a quedarse o a irse definitivamente.

Hacía un mes que Marelli llegara a San Antonio. Sus funciones en el cinematógrafo local no dejaban de atraer concurrencia. Pero no eran los misterios de la magia blanca de los árabes lo que atraía a aquellos hombres rudos a la pequeña sala pintada de rojo del biógrafo.

La figura escultural de su compañera, ataviada con una malla color carne, ponía una nota extraña, terrible, en aquel rincón perdido del mundo, donde los aventureros vivían solos con sus pasiones. Era una estatua ardiente, una Afrodita de "music-hall".

Morgenthau asistía siempre a las funciones, que eran tres por semana. Sus ojos azules devoraban a la mujer de Marelli, cuyos cabellos renegridos prestaban un encanto salvaje y extraño a su cuerpo aparentemente desnudo.

Del Aznar y ella se habían encontrado en el comedor, al día siguiente de la orgía y se saludaron fríamente. Marelli había hecho las presentaciones.

Representaba ella unos treinta años. Por su acento, podría ser tanto española como americana del Pacífico. Callaba siempre en la mesa, dejando a Marelli que monopolizara la conversación, inventando nuevas y estupendas aventuras, historias de camellos enloquecidos, de asesinos árabes, de noches en el desierto, de triunfos resonantes en los teatros europeos.

Del Aznar vió en seguida lo que sucedía en el alma de Morgenthau. Marelli multiplicaba sus gastos en el hotel Germania, como si comprendiera que la cuenta tardaría mucho en venir.

Arriba, la pobre Marta seguía tosiendo y llorando su mansa nostalgia, sin la menor idea de lo que sucedía allá abajo, bajo la mirada inmóvil de la familia Hohenzollern.

IX

—Tengo que hablar con usted, Lola Toledo...

La compañera del ilusionista palideció intensamente. Del Aznar, sombrío, rompía su pan de centeno en menudos fragmentos y la miraba.

Estaban solos en la mesa. Marelli había ido a ver a su empresario, y Morgenthau atendía a los clientes en el otro lado del bar-restaurant.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo me llamo Lola Toledo?

Del Aznar rió con amargura.

—¿Pretendes engañarme todavía? — preguntó, inclinándose hacia ella sobre la mesa.

La mujer clavó sus ojos negros y profundos en su interlocutor.

—¿Qué has venido a hacer aquí? — interrogó del Aznar. — ¿Crees que no te conozco? ¿No recuerdas haberme visto nunca?

Ella no le sacaba los ojos. Confusos y lejanos bullían en su memoria los recuerdos.

Del Aznar encendió un cigarro y guardó silencio un instante.

—Voy a contarte una historia que tal vez te interese — dijo, finalmente, sin cambiar de actitud.

Morgenthau pasó cerca de ellos y sus ojos azules se

detuvieron en la compañera del prestidigitador. Una ola de púrpura subió hasta su frente y un relámpago iluminó su mirada.

—Era en Lima, en 1908 — comenzó el andaluz, — la hermosa ciudad de los virreyes... ¿Te acuerdas de Lima, Lola Toledo? ¿De los jardines virreinales, de la casa de los Pericholi, de los naranjos floreciendo en las riberas del Rimac? ¿Del teatro Limeño, con sus alfombras y cortinados rojos?

El acento de del Aznar era tranquilo, confidencial casi.

—En 1908 vivía en Lima una mujer, una mujer hermosísima, hija, según se decía, de un comerciante español arruinado. Era bailarina. Salió de Lima con una compañía de ópera. Por aquel tiempo vivía también en la ciudad de los virreyes un pobre muchacho andaluz. ¿No te acuerdas cómo se llamaba, Lola Toledo?

La palidez de la mujer se acentuaba.

—Pues bien — continuó del Aznar, — aquel pobre muchacho se enamoró perdidamente de la bailarina. ¿Qué historia más vulgar, verdad? Ella jugó con él. Cuando resolvió partir con la compañía de ópera, díjole ella que si era lo bastante hombre y la quería de veras, él buscaría el modo de seguirla. Y él, que no tenía un céntimo y sólo vivía de un sueldo que ganaba en la sucursal de un Banco, naturalmente, sacó de la caja veinte mil soles para irse con ella. Pero ella ya se había ido. Se lo dijo por decirle algo, por crueldad, posiblemente. ¡Pobre muchacho! Lo mandaron al presidio de Chagres, Lola Toledo...

Se quedó pensativo, fumando el resto que quedaba de su cigarro.

—Lo hizo porque quiso... Yo nunca le di esperanzas — balbuceó ella, arrugando nerviosamente su pañuelo.

—¡Mientes! — dijo del Aznar. — ¡Ah! ¿te acuerdas? — exclamó, haciendo una transición brusca.

—Oye, Lola Toledo — siguió diciendo después de una pausa, — te he recordado y te he maldecido a través de los años. No sé qué has hecho durante todo este tiempo, ni me interesa saberlo. Me basta verte con ese miserable aventurero para imaginarlo. Pero quiero decirte una cosa. Vete de aquí. Vete en el primer vapor. No quiero verte más. Nada tienes que hacer en este rincón del mundo. Vete, antes que una noche se me aparezca el espectro ensangrentado del presidiario de Chagres y me haga olvidar que eres una mujer. Porque aquel pobre muchacho murió. Se suicidó de vergüenza y desesperación cuando lo llevaban al presidio. ¿Sabes quien era?

Morgenthau volvió a pasar cerca de ellos. Su lenta inteligencia comprendió, sintió el drama que flotaba entre los dos errantes, y su rostro volvió a teñirse de rojo. Se acercó lentamente.

—¿Sabes quién era aquel pobre muchacho que por ti fué a suicidarse en un presidio? — repitió del Aznar, pálido y ronco.

Ella, despavorida, movió la cabeza.

—Era el hijo de mi única hermana.

X

Marta empezaba a mejorar, con asombro general.

La pasión de Morgenthau, silenciosa y profunda, ya no era un misterio para nadie en San Antonio. Del Aznar, cuyo buen humor habitual había dado paso a un sombrío y constante ensimismamiento, sentía acumularse las sombras en el hotel Germania.

Los ilusionistas no se iban. Marelli, acompañado siempre por su Afrodita con mallas, continuaba sus espectáculos.

Aquella insistencia obstinada en quedarse empezó a despertar vagas sospechas en su espíritu. Sin decir una palabra a nadie, tomó sus medidas y esperó el desarrollo de los acontecimientos, mientras la primavera llegaba, la activa primavera del sur, que precedía los grandes embarques de lana y durante la cual San Antonio se poblaba de forasteros.

Era la época en que llegaban las gaviotas de amor, de Buenos Aires y de Punta Arenas, ávidas de dinero y de champagne, que corría como agua en aquel puerto distante.

El hotel Germania se llenó de viajeros. Aumentaba el número de barcos que atracaban al alba o al anochecer en el puerto austral.

La señora de Morgenthau, despojada de sus mantas,

pero no de su tos ni de su incurable nostalgia, descendía al bar-restaurant y ayudaba en el servicio. Había mejorado bastante. Del Aznar ya no la comparaba mentalmente con el cadavérico "edelweiss" del marquito azul.

Las reducidas orquestas de los barcos hacían resonar el hotel Germania con sus músicas populares. De noche, el bar se cerraba tarde, a las dos o tres de la mañana.

Una noche, Morgenthau, que había abordado en vano a la compañera del ilusionista en varias ocasiones, volvió a celebrar una de sus fechas patrióticas.

Fué una orgía de mayores proporciones que la del aniversario de Federico Guillermo.

Fué aquel un día frío, extraordinariamente frío para la estación. Un viento glacial soplaba del océano y barría las calles de la ciudad, sacudiendo los tejados. A mediodía llovió, una lluvia torrencial de primavera que convirtió en pantanos las calles, y encerró bajo techo a los viajeros del hotel.

Los toneles de cerveza empezaron a desfondarse desde temprano. Aquella noche, por el mal tiempo, suspendióse la función en el cinematógrafo. Dos barcos mecíanse en las aguas agitadas y turbias del puerto. Uno llegado esa mañana de Chile, y otro, llegado dos días antes, partían a la mañana siguiente.

Morgenthau, a quien acompañaban tres o cuatro connacionales, adornó su bar-restaurant con banderas imperiales. Había algunos franceses e ingleses en el hotel, pero ya habían pasado dos años desde el incidente de Agadir, y aunque no faltaba mucho para 1914, todos estaban en el mejor de los mundos posibles. Además, la patria de todos estaba tan lejos...

Fué una orgía famosa.

Afuera, el Atlántico enfurecido golpeaba los muelles con rabia titánica, y las casas frágiles gemían bajo el viento.

Dentro, los músicos tocaban indistintamente pasodobles, marchas reales, tangos argentinos.

Colin, uno de los amigos de Morgenthau, que se embriagó patrióticamente al principio de la fiesta, berreaba con entusiasmo:

"Heil dir in Siegerkrantz
Retter das Vaterland!"

El ex prisionero de Adua daba en privado el más asombroso de sus espectáculos: la desaparición inmediata y completa de prodigiosas cantidades de "delikatessen" y de líquidos de toda descripción.

Una francesa de Buenos Aires y una española de Punta Arenas, elegantes, marchitas, inequívocas, ponían un sello de fácil galantería en el tumulto cosmopolita del hotel Germania. El champagne corría generosamente.

Morgenthau no empezó a beber hasta tarde. Sus ojos azules, enrojecidos, inyectados en sangre, no se apartaban de la ilusionista, que permanecía sola en un rincón, contemplando la escena.

Del Aznar se paseaba entre las mesas, cambiando frases con sus conocidos. El también solía mirar de rato en rato a la ilusionista, pero con mirada de odio, de repulsión. En medio de aquella orgía de cantos y de alcohol, surgía en su pensamiento el trágico espectro del suicida de Chagres, el rostro juvenil y ensangrentado del hijo de su hermana.

Pasaban las horas y los cantos seguían. Las gaviotas de amor bailaban con dos ingleses de rostro encendido en medio de las mesas. El sargento carnicero del 118 de la "landwehr" presidía aquel bello homenaje a la "Vaterland".

"In the land of the kangaroo
Though oceans blue
Divide us two..."

Uno de los ingleses pisó el vestido de la francesa. La seda se desgarró con ruido seco y las piernas envueltas en medias transparentes quedaron expuestas triunfalmente a la vista de todos.

Pasaban las horas.

A las dos de la mañana volvió a llover, pero dentro, en el bar iluminado, resonante de voces y de acordes, nadie parecía advertirlo.

Del Aznar bailó con las dos gaviotas, antiguas conocidas suyas, las invitó con champagne, y de pronto se dió cuenta que la ilusionista había desaparecido.

Marelli, desbordando de alcohol, lloraba al evocar sus padecimientos en los campamentos árabes de Abisinia y las persecuciones de sus enemigos en los teatros de Europa.

A las cuatro de la mañana todavía quedaban algunos esforzados en el bar. Un violinista pelirrojo era el único músico que continuaba firme en su puesto.

Empezaba a clarear.

Morgenthau, en cuyo cerebro los vapores alcohólicos comenzaban a despejarse, advirtió que la compañera de Marelli ya no estaba en el bar.

Fuése hacia éste.

—¿La señora se ha ido a dormir? — interrogó.

El primer ilusionista del mundo lo miró con ojos estúpidos.

—Me ataron sobre un camello lleno de piojos, — dijo, sollozante, — y así me sacaron de Adua, en 1896...

Sonó a lo lejos la sirena estridente y perentoria de un vapor. Era el paquete que partía para Buenos Aires al amanecer.

Morgenthau corrió hacia la puerta del hotel.

En el embarcadero, más allá de los terrenos baldíos y pantanosos que separaban el puerto del poblado, vió un pequeño grupo de viajeros que subían la planchada.

Veíase entre ellos la figura alta y velada de una mujer envuelta en un tapado obscuro.

Los ojos de Morgenthau se inyectaron de sangre.

Marelli se acercó tambaleante a la puerta, luchando con las nieblas alcohólicas.

—A mí, que era el príncipe de los...

—¡Mírela! ¡Es ella, que se va en el vapor!

Lo dijo en alemán, pero Marelli comprendió.

Morgenthau abrió la puerta y echó a correr hacia el desembarcadero. El alcohol consumido durante la noche trababa sus piernas; sus pies pesados y torpes se hundían en el barro espeso. La lluvia empapaba sus cabellos, sus ropas. Cayó dos o tres veces, pero volvió a levantarse y siguió su carrera desesperada.

De todo se había olvidado, de Marta, del hotel Germania, de sus sueños de fortuna, de la gloria de sus emperadores, ante aquella mujer que se iba, dejándole en las entrañas la hoguera insatisfecha y delirante de su deseo.

Tras él iba Marelli, cayendo y levantándose también, oyendo voces misteriosas, sin sentir la lluvia que descendía en menudos torrentes.

De pronto el prestidigitador cayó y no pudo levantarse. Sus turbias pupilas alcanzaron a ver el vapor que se alejaba, lanzando una bocanada de humo negruzco.

Cruzó por su nubloso pensamiento la idea de que el alemán lo había vendido, para huir con su compañera.

El ex prisionero de Adua se incorporó sobre sus rodillas y buscando a tientas en sus bolsillos, logró sacar un revólver e hizo fuego sobre la figura vacilante de Morgenthau, que se desplomó con el rostro en el barro.

Un grupo de desconocidos se acercó.

—Es nuestro hombre — dijo uno, desarmando a Marelli, — si no se puede probar lo de allá, por lo menos ésto resulta claro... La mujer no hacía falta.

El vapor se alejaba por el agitado y espumoso Atlántico. Arrastrando al ilusionista, los hombres regresa-

ron al hotel, en cuya puerta unos cuantos sobrevivientes de la orgía contemplaban silenciosos e inmóviles lo sucedido.

Morgenthau quedó sepultado hasta la mitad entre el barro.

En el bar-restaurant del hotel Germania, sentado sobre un barril, Colin, que había logrado incubar cuidadosamente una segunda borrachera, cantaba, entusiasmado y estropajoso:

"Heil dir in Siegerkrantz
Retter das Vaterland!"

Los ingleses roncaban. Las gaviotas habían desaparecido. Al subir a su habitación, del Aznar oyó toser en su sueño a Marta Schwarz, que dormía profundamente desde las dos de la mañana y no se había enterado de nada.

XI

La viuda de Morgenthau, asesorada por del Aznar, vendió el hotel Germania poco después del asesinato de su esposo, a un austriaco de Puerto Deseado. Pero antes de dejarlo para siempre, descolgó el retrato de su suegro y la familia imperial, y los guardó cuidadosamente en el fondo de un baúl. Sólo quedó la violeta de los Alpes, como recuerdo de la pareja germánica, la pobre flor desterrada, cada vez más lamentable y amarillenta.

Marta Schwarz se volvía a Hamburgo.

Del Aznar, que había sido llamado por el directorio de la compañía lanera, se ofreció a acompañarla hasta Buenos Aires, donde la pobre mujer pensaba embarcarse en un paquete del Lloyd alemán, para ir a morir entre los suyos.

Se embarcaron en diciembre.

El español respiraba satisfecho. Aquel verano ya no le vería aprisionado en las soledades australes, contemplando los caseríos bañados por el cálido sol, ni las llanuras sin límites barridas por el caliente viento, ni los rebaños jadeando en las orillas de los arroyos y los ríos.

Buenos Aires, la inmensa, la inolvidable, lo esperaba allá lejos, con sus noches inquietas y luminosas, con

sus teatros rumorosos, sus calles febriles, su día intensos y agitados.

¡Qué cambio se había operado en hotel Germania!

En pocos días ya no quedaba del pasado más que una sombra trágica, cada vez más borrosa.

El austriaco condecoró el bar-restaurant con la venerable efigie del último Hapsburgo y un panorama de Viena bajo la nieve, y colocó espejos en todas partes, espejos que el aire salino no tardó en enturbiar. Instaló plantas en los rincones y aumentó las tarifas.

Luego descolgó la muestra del Hotel Germania y puso un letrero dorado, que decía: "Hotel Pensión La Esperanza del Sur".

El letrerito incitando a los hombres a que no se entristecieran, quedó firme en su lugar.

Marelli, que había sido entregado a la justicia del crimen el mismo día del asesinato de Morgenthau, a pesar de las precauciones de la policía, desapareció tres días después.

El ilusionista más famoso del mundo dejó tras sí la barra de grillos que le colocaron y un pañuelo ensangrentado. Esta hazaña, que lo rehabilitaba como burlador de prisiones, otra de sus especialidades juglarescas, le atrajo numerosas simpatías entre los rudos habitantes del Sur.

Se le buscó, pero inútilmente.

Los rastros del antiguo guerrero de Abisinia se internaban en el desierto. Muchos comprendieron que se había refugiado en algún establecimiento lejano, ayudado por algunos amigos de San Antonio, y pensaron justificadamente que de allí tornaría el camino de la cordillera, perdiéndose para siempre de sus perseguidores.

Esto fué lo que sucedió.

Cinco años después, del Aznar lo encontró en un café-cantante de Río Janeiro, pero el héroe de Adua ya no se llamaba Marelli.

XII

Se embarcaron del Aznar y Marta Schwarz una mañana calurosa de diciembre. El vapor estaba casi lleno de gentes que volvían a Buenos Aires y a Europa después de los embarques de primavera.

El cielo del Sur era de un azul profundísimo. Allá, a la distancia, extendíanse las llanuras sin límites. El misterio austral cantaba bajo el añil infinito; el Atlántico elevaba su queja grandiosa, interminable, en las riberas de las tierras fabulosas que esperaban la epopeya del futuro.

Marta lloraba en silencio. No volvería nunca, nunca, a esas tierras donde dejaba los huesos de su Morgenthau y los últimos restos de su salud.

¡Pobre Marta Schwarz!

A su llegada a Buenos Aires tuvo que ingresar en el hospital Alemán. Ya no le quedaban pulmones.

Del Aznar la acompañó hasta los últimos instantes, y él y un viejo doctor del hospital fueron los únicos que asistieron al sepelio, una radiante mañana de enero.

La dejaron allí, bajo los cipreses del cementerio de disidentes, y del Aznar escribió a Hamburgo, remitiendo los papeles del matrimonio desaparecido a aquellos deudos lejanos y desconocidos, que esperaban, en-

tre las nieblas del mar del Norte, noticias de los errantes que se habían ido a América a buscar la felicidad y la fortuna.

Del Aznar permaneció cerca de un año en Buenos Aires.

Debía volver al sur, a liquidar sus asuntos, pues se separaba de la compañía lanera para dedicarse a otros negocios en el Brasil.

Pocos días antes de embarcarse para despedirse defintiivamente de las tierras del Sur, que tan indelebles recuerdos habían dejado en su alma errante y aventurera, tuvo un encuentro singular.

Era una mujer envejecida, horriblemente pintada, con los estigmas de una enfermedad repugnante, que se arrastraba en los antros del Paseo de Julio.

Del Aznar la miró, turbado por extraños pensamientos. Por aquella mujer el hijo de su hermana se había dado la muerte en un presidio; por aquel harapo humano una de las mujeres más nobles y más santas de España había muerto de dolor.

Pero los dos estaban vengados.

Porque aquella mujer repulsiva, aquel andrajo viviente que se arrastraba con sus manchas entre los marineros del Paseo de Julio, era Lola Toledo, la antigua bailarina de Lima, la ex compañera del primer ilusionista del mundo.

Del Aznar salió del antro.

Desde el puerto próximo lo llamaban las voces de los navíos, el canto de las tierras y de las aguas.

El también era uno de aquellos errantes, con su sangre ilustre y sus antepasados. Era uno de aquellos condenados a errar por los caminos del mundo, dejando los girones de su alma en las ciudades y los caminos.

Era la voluntad de Dios.

MUJERES DEL SUD

I

COPO la banca!

Los ojos serenos y fríos del tahur se clavaban en los de su víctima como los de un ofidio. Pero las pupilas de la víctima no eran precisamente las de una mansa paloma.

El tahur era un mocetón de facciones enérgicas. Un tajo antiguo corría desde el ojo derecho hasta la comisura del labio.

—¡Va!

El "Aragón" corría por el Atlántico. Arriba, los cielos se volvían cada vez más grises. Los oleajes oceánicos parecían burlarse del vapor, de los aventureros, de la humanidad toda, aquella humanidad hambrienta y miserable, compuesta de españoles, italianos, alemanes, ingleses, checo-eslovacos, que habían salido de Buenos Aires, como un sucio rebaño cosmopolita arrojado desde el fondo del Purgatorio.

Los jugadores, aislados del resto del mundo en el roñoso rincón de la tercera clase, parecían absortos en el juego. En torno de ellos, movíase un mundo diminuto, inquietante. Eran las once de la mañana. Unos cuantos españoles sucios y heroicos, cocinaban manjares extraños sobre las tablas grasientas del navío.

—¡Eh! ¡Aquí no se puede cocinar, gallego!...

Un anciano de pupilas blanquecinas, un andaluz ciego, volvió sus ojos muertos hacia el bruto.

—Que nos den de comer, que no somos bestias...

Hubo un revuelo en el rebaño. Muchos hombres, andrajosos, ceñudos, hercúleos, se adelantaron. Los pobres pueden aguantar muchas cosas, pero que un marinero le pegue a un ciego de la tercera clase...

Una bruma viscosa, húmeda, se levantaba del Océano. La niebla descendía como una garúa invisible. Al humedecer el barco, acentuaba la miseria de los infelices que se encogían, estremecidos, los unos junto a los otros. El olor nauseabundo de la cocina se desvanecía en el hálito del mar.

De un rincón de la proa, subía una canción extraña, sollozante. Una de esas canciones en que los hombres perdidos, los hombres tristes, cantan la tragedia indecible de sus almas, el remordimiento de sus errores, la rebelión de su miseria.

Iban al Sud.

¡El Sud!

No sabían, no, que el Sud, la Patagonia, era dominio de las almas brutales y fuertes. Ignoraban el secreto siniestro de aquellas tierras salvajes y frías, aquellas tierras meditabundas y amenazantes que devoraban a los débiles y también a los fuertes.

—¿Está enfermo? ¿Puedo servirlo en algo?

Una mujer rubia, frágil, se inclinaba sobre el español ciego.

—No, señorita, no...

Ella explicó. Era inglesa, institutriz de un rico hacendado que iba a una de sus estancias, con su familia. Si podía servirle en algo...

—No, señorita, no...

El resto de la tercera clase gemía, de hambre, de ira...

—¡Malevo, hijo de una gran perra!

Hubo un revuelo enorme.

—¡Malevo! ¡Te voy a dar!

El hombre de la cara cortada, pálido, inmóvil, miraba con fijeza el cañón de un Colt que se le acercaba a la frente.

—¿Querías copar la banca vos, malevo asqueroso?

Los separaron. El océano continuaba rugiendo sus iras misteriosas. El cielo se volvía cada vez más gris, más amenazante. Gemía el ciego. Unos chicos lloraban aterrados y sucios.

—¿Es triste, verdad?

La mujer que había estado presenciando silenciosa la escena se volvió bruscamente.

Era alta, delgada, morena. Sus labios pintados parecían una herida reciente, y el aroma penetrante de su perfume advertíase entre el hedor que subía de la tercera.

Repitió la pregunta el hombre, sin que ella contestara.

Habíala asediado desde el principio del viaje, desde que el vapor saliera de Buenos Aires. Pero ella permanecía insensible y fría a los avances de su compañero de viaje. Otros pasajeros de la primera clase intentaron entrar en relaciones con la viajera, pero inútilmente.

Marta Kohn se envolvió en su tapado y se alejó, seguida por la mirada despechada y codiciosa del fauno, que se encogió de hombros.

Era turca, y judía, una "sefardín". Todos los años, por esa época hacía el viaje al Sud. Era la estación del año en que el oro corría como agua por los territorios australes. Desde los humildes esquiladores hasta los príncipes de la lana gastaban ríos de libras esterlinas.

Siete años antes, en 1908, Marta había estado en un prostíbulo de la calle Viamonte, en lo de Valeska, uno de los burdeles más famosos de Buenos Aires, con otras once mujeres, españolas, irlandeses, italianas, polacas.

De allí fué a dar con sus huesos fatigados a Punta Arenas. Su amo y señor la vendió por cincuenta libras esterlinas. Cerca de un año permaneció en el burdel de la ciudad más austral del mundo, jadeando de fatiga y de asco entre los abrazos brutales de las tripulaciones de los navíos ingleses que iban o volvían de los puertos del Pacífico.

Marta contaba veinticinco años entonces.

Era, en el prostíbulo de la ciudad lejana, la misma vida que en lo de Valeska. Los hombres eran más rudos, pero menos exigentes que los que conociera en Buenos Aires. Los movía la misma pasión canalla, los enardecía la misma diabólica lujuria.

Y el frío de Punta Arenas...

Huyó del burdel en diciembre de 1909. Dirigióse a Río Gallegos. Luego se fué a Comodoro Rivadavia, a Madryn. Conoció centenares de hombres, hombres de toda clase. Quería reunir dinero y ser libre. ¡Libre!

De regreso a Buenos Aires, frecuentó el Casino y los bars nocturnos de la calle Maipú. No era aquella la vida espantosa de los burdeles, no.

Trajo cuatro mil pesos del Sud.

Pero en los bars de la noche no ganaba lo que ella hubiera deseado ganar.

Fué entonces cuando decidió realizar el viaje anual a los puertos de la Patagonia. Muchas mujeres lo hacían todos los años, en la estación de la lana. Conocía a varias de aquellas golondrinas del Sud.

El primero de aquellos viajes lo hizo en la segunda. Fué un viaje accidentado. A los tres días de estar a bordo, un hombre se introdujo en su camarote, mientras dormía. La desmayó de un golpe en la obscuridad. Despertó magullada y dolorida, con las huellas viscosas del hombre sobre sus carnes. El salteador habíase llevado novecientos pesos que ocultaba en sus medias. Afortunadamente, tenía escondidos otros quinientos en unos zapatos de charol.

Resolvió viajar en la primera clase.

Era más seguro. Además, logró conocer muchos y apasionados personajes en la primera. Acostumbraba guardar una altiva reserva a bordo, a pesar de la persecución de todos. Algunos viajeros recordaban vagamente haberla visto en una mancebía, en alguna parte, pero no estaban seguros.

Esta norma de no ejercer su comercio durante el viaje la quebrantó escasas veces.

¡Aquellos hombres de mirada ardiente, de bocas húmedas, que golpeaban con mano temblorosa a la puerta de su camarote, a media noche, mientras el vapor corría por el Atlántico!

Los despechados amantes se alejaban a tropezones, blasfemando, mientras el barco proseguía su marcha en medio de las tinieblas.

II

Puerto Madryn.

Marta Kohn pisó el muelle de madera, el único que existía entonces en todos los puertos del Sur. Contempló el pueblo, edificado sobre un médano, sin agua y sin árboles.

Años antes, estuvo ella varios meses en uno de los burdeles del pueblo.

Vió bajar a una de las mujeres de la segunda clase, con una valija.

La conocía.

Había estado con ella en el mismo prostíbulo. De allí la sacó un amante, un abogado de Buenos Aires, alcoholista y morfinómano, que le obligaba a prostituirse con todo el mundo en Madryn. Era chilena, de un tipo semi-indígena, nada fea por cierto.

El abogado la esperaba en el extremo del muelle.

Al verlo, los ojos casi indios de la chilena se iluminaron. Una pasión extraña la ataba al miserable que la golpeaba, la vendía todas las noches desde hacía años.

Marta se encogió de hombros.

Vió desaparecer a los dos entre las casas de madera forradas de cinc.

Allí, en Puerto Madryn, había experimentado Marta

el terror más grande de su existencia, cuando sintió florecer en su sangre las rosas de la avariosis.

La curaron con mercurio. Ella creyó siempre que la contagiara un colono de Trelew, que siempre tenía dolor de cabeza, y cuyas carnes tumefactas hedían horriblemente durante la noche.

El vapor siguió viaje.

Dirigíase Marta a Río Gallegos.

Los príncipes de la lana, calculaba, ya estarían haciendo irrupción en el pueblo. Sabía que aquel año — 1916 — la lana iba a sembrar de millones la Patagonia. Pensaba hacer una cosecha de ocho o diez mil pesos.

Los miserables de la tercera clase iban quedando en los puertos. El viejo andaluz de ojos blanquecinos desembarcó en Comodoro Rivadavia.

La noche antes de llegar a la capital de Santa Cruz, Marta descendió a la segunda. Una gran luna iluminaba el Océano. Se internó en los pasillos. Detrás de las cerradas puertas de los camarotes oyó jadeos confusos, rumores entrecortados.

Salió a proa.

Un olor nauseabundo desprendíase de aquellos cuerpos hacinados sobre las tablas grasientas. Algunos se movían en actitudes bizarras bajo las sucias mantas.

Dos brazos robustos la ciñeron por atrás. Sintió un aliento de fiebre en la nuca, y luchó por desasirse. Una mano de acero magullaba sus senos flácidos.

—¡Soltame, bruto!

Creía que el hombre quería robarle la cartera, donde llevaba varios billetes de cien pesos.

—¡Soltame, o grito!

El hombre la soltó, con una blasfemia horrible, y desapareció.

Marta se dirigió lentamente a su camarote.

Muchas noches, evocaba el recuerdo, lejano ya, del burdel de la calle Viamonte. Tenía presente siempre el patio con toldo corrido, las mujeres puestas en fila,

completamente desnudas, para que los clientes eligiesen. Recordaba una italiana gorda...

Cuando Marta despertó, el vapor estaba anclado frente a Río Gallegos.

———

El antro de la vieja Stafford, durante muchos años, fué el cabaret más famoso de la Patagonia.

Marta, que se alojara en el Hotel Argentino, llegó con suerte, pues la primera noche que llegó era de gala.

—Tengo el gusto de saludarla, Marta...

Un hombre alto, rubio, vestido de smoking, le salió al encuentro a la entrada, en el despacho de bebidas.

—Aquí vengo, señor Bethune..

El hombre rubio sonrió friamente.

—Pase adentro, Marta.

Unos cuantos borrachos distinguidos que bebían de pie junto al mostrador la invitaron a beber con ellos.

Marta se excusó.

—Más tarde... Más tarde...

Se hundió en los corredores interiores del antro. En una especie de sala con sofá, se encontró con varias mujeres.

Una de ellas era una inglesa que llegaba todos los años de Punta Arenas, en la época de la lana. Era bellísima, y despertaba pasiones profundas entre los estancieros borrachos.

Otras dos eran francesas. Una de ellas recorrió con Marta los cafés nocturnos de Buenos Aires. Habíase refugiado en los puertos del Sud huyendo de la venganza de un amante brutal que intentó degollarla una vez.

Vió una napolitana, Marieta, que contaba más de cuarenta años. Su ardor meridional, nunca saciado, la arrojaba en los brazos de los jovencitos, que la temían instintivamente.

Era Marieta una curiosa mezcla de Safo y Mesalina,

y durante una época famosa en los anales de la mala vida en el Sud, su pasión se había concentrado en Kate, la hermosísima inglesa.

Dos españolas completaban la bandada de gaviotas humanas que anidaban por el momento en la cueva de la negra Stafford.

Una era una bilbaína menuda y morena, de obscuros ojos ardientes. Procedía, como Marta, de un burdel de Buenos Aires. La otra española era de Málaga. Llamábase Carmen.

Fué actriz en una errante compañía de cómicos, de cuyo galán era querida. Pero el galán murió en Punta Arenas, y la malagueña cambió de profesión. Aquellos hombres del Sud eran muy brutos, decía, pero tenían mucho dinero y sabían gastarlo...

Eran las gaviotas de la Patagonia. Llegaban de todas partes, a posarse en las pirámides de lana del Sud. Sabían jugar con las pasiones ardientes de los pioneers, y un río de libras esterlinas corrían por los lechos de infamia, entre el jadear de los ebrios.

Se quitaban sus vestidos usuales, y colocábanse atavíos bizarros.

Kate, la bellísima inglesa, vestía un traje de bañista que le quedaba a las mil maravillas. Marieta y la bilbaína aparecían como dos bebés monstruosos. Las francesas cubrían sus carnes flácidas con trajes diabólicos de pierrot.

Marta, mientras averiguaba las novedades ocurridas desde el año anterior, poníase un atavío singular, que dejaba al descubierto unos brazos bellos todavía, y unas piernas en las que aun no se insinuaban las varices.

De abajo, del despacho de bebidas, llegó un rumor confuso, ronco.

—Ya han llegado esos condenados borrachos, — exclamó la malagueña, — están rompiendo las botellas a tiros, como siempre.

Siguió hablando, mientras Marta le ayudaba a colocarse un atavío de manola.

Ese año, dijo, el oro corría por los puertos del Sud. La lana se vendía hasta cuatro pesos el kilo, y el más infeliz de los brutos que iba a acostarse esa noche con ellas habían vendido treinta mil kilos.

—Hay algunos que no saben leer ni escribir, — añadió Marieta, cuyo seno inmenso desbordaba de su camisa de seda.

Los disparos continuaban, abajo, acompañados de juramentos, de risotadas, de ruído de cristales rotos.

—¿No hay nada ya con Kate?...

A la pregunta de Marta, al napolitana se encogió de hombros.

—Dicen que está tuberculosa...

—Un inglés se quiso casar con ella en Punta Arenas, — informó la bilbaína, — pero ella lo sacó con cajas destempladas...

Marta miró el semblante angélico de Kate, que se estaba poniendo rouge en los labios.

Existían hombres que querían casarse con ellas, que se revolcaron en los lechos de todas las mancebías de Buenos Aires y de la Patagonia...

—¿Están prontas, señoras?

El hombre del smoking las miraba gravemente desde la puerta.

—Un momento, mister Bethune...

—Apúrense, que las esperan en el salón.

Desapareció, frío, correcto, misterioso.

—Miren que un hombre tan rubio casarse con una negra... — dijo Marieta, que deliraba por los hombres de carnes blancas.

Una de las francesas, dando los últimos toques a su diabólico traje de pierrot, intervino en la conversación.

Ella conoció a Mr. Bethune en Montmartre, hacía muchos años.

Era un noble inglés, un milord arruinado en Montecarlo, y casado con la negra Stafford, la famosa bailarina sudafricana, que también tuvo su pasado de esplendor. En París la llamaban la "Beauté-Noire". Ahora, los dos, el noble inglés y la bailarina negra, explotaban un cabaret en Río Gallegos. En la Patagonia, como en la viña del Señor, había de todo...

Salieron las mujeres de la sala y se internaron en los corredores laberínticos del antro. Después de subir varias escaleras, hicieron irrupción en una pieza espaciosa, amueblada de modo extraño.

Era una sala rectangular, en uno de cuyos extremos se llevaba un pequeño escenario. Todo en miniatura, pero construído con meticulosidad. Notábase en todos los detalles la intervención de manos femeninas. Tanto el telón como los bastidores y demás adornos eran de percalina, pero arreglados y dispuestos con maestría.

Sobre el telón de boca del pequeño escenario se leía la siguiente inscripción:

LA BELLA STAFFORD

Una explosión de exclamaciones saludó a las mujeres al entrar, y un grupo de hombres se lanzó sobre ellas.

—¡Ay, bruto, "tu me fais mal"!

Uno de los pierrots negros se retorcía entre los brazos de un hombre barbudo, con botas de montar y breeches mugrientos.

—¿Qué te pasa, Ninón?

Estallaban los besos sobre los almohadones y divanes que había alrededor de las paredes.

Marieta se había sentado sobre las rodillas de un joven rubio, de frágil aspecto, que le hacía cosquillas en los monstruosos pechos. Marta soportaba, sin un gesto de repugnancia, las caricias de un viejo gordo, mal vestido y sucio como un peón, que hedía a oveja. Era un príncipe de la lana.

—¿Qué se van a servir, señores?

—¡Champagne, naturalmente!

Las demás mujeres se revolvían en los brazos de pintorescos personajes. Marta vió a la angelical Kate sentada en las rodillas de un sujeto aindiado, de velludas garras, que parecía devorarla con los ojos.

Sonaron los tapones del champagne.

—¡Que toque un tango!

El noble inglés, que permanecía correcto y frío en medio de todo aquello, se sentó al piano. Bailaron, los pioneers y las mujeres.

Antes de terminar el primer tango, el viejo gordo con olor a oveja se quiso llevar a Marta.

—Todavía no, viejito...

Quería ver bailar a la bella Stafford.

—¡Que salga la negra!

El noble inglés los miró friamente.

—Vendrá enseguida, señores. Está vistiéndose...

—¡Mientras viene, que cante el "Guitarrico"!

Aquella era la canción favorita del inglés. Mientras preludiaba, Marta pudo ver a Kate, que fijaba sus ojos de cielo en Mr. Bethune, mientras sus manos fugitivas hurgaban los bolsillos del sujeto aindiado.

Del exterior llegaba vagamente un rumor de viento y de lluvia.

"Dile, si le ves pasar,
Dile, pero muy bajito..."

La bilbaína, que se encogía como una gata entre los brazos de un pioneer, se indignó.

—¡Miren que un inglés cantando jota!

"Suena, guitarrico, suena,
y deja, niña, que el viento
vaya barriendo la arena!"

Arreciaba fuera la tormenta. El viejo gordo intentó nuevamente llevarse a Marta.

"...¡Dile que se apiade
De este baturrillo!..."

—Después, viejito, después...

Abrieron más botellas de champagne. Uno de los pierrots había desaparecido. Uno de los hombres también.

El noble inglés anunció, gravemente:

—Caballeros y señoras: en breves momentos aparecerá la bella Stafford, bailando una danza árabe, creación suya y de este modesto servidor de ustedes. Después bailará otra creación nuestra, titulada: "La Dama en la noche"...

La malagueña, que había bebido media botella de champagne, soltó una risotada.

—Pero, hijo, ¿cómo quieres que la podamos ver? Una negra bailando en la noche.

Sintióse un ligero taconeo entre bastidores. Preludió el inglés una cadencia de motivo árabe, y apareció sobre el tablado la que en otros tiempos fuera beldad negra. Aun conservaba rastro de aquella hermosura exótica.

Un cuerpo flexible, elástico, felino; una tez negra como el ébano, nariz fina, labios gruesos, ondulados cabellos.

Vestía de odalisca, semidesnuda de cintura arriba. Cubrían joyas falsas sus brazos, cuellos y senos, duros y pequeños. Cruzaba las manos sobre la nuca y danzaba con rítmica cadencia.

Los ojos de los hombres se volvían turbios y ardientes mirando el cuerpo ondulante y menudo de la sudafricana. El viejo gordo oprimió con fuerza salvaje los senos de Marta, que lanzó un grito ahogado.

—¡Bruto!

El viejo le colocó un billete de cien pesos dentro de cada media, y Marta guardó silencio, frotándose los pechos doloridos.

Una tempestad de aplausos, de silbidos, de juramentos, saludó el final de la danza árabe.

Volvieron a destapar más champagne. De rato en rato, el viento huracanado hacía estremecer el edificio.

Cuando la bella Stafford terminó la segunda danza, "La dama en la noche", el joven pálido que estaba con Marieta pidió un tango.

Pero apenas salió a bailarlo, tropezó pesadamente y cayó, vomitando, en la alfombra.

—¿Vamos ahora, Marta?

El viejo, de pie, la arrastraba. Al moverse los billetes de banco crugieron en sus grasientos bolsillos.

Marta se puso de pie, resignada.

¿Acaso no había ido para "eso" a la Patagonia?

En uno de los corredores tropezaron con Kate. El indio la llevaba casi en peso. La angelical inglesa lloraba dulcemente, y sus carnes de alabastro blanqueaban entre el traje desgarrado de bañista.

Cesaba la tempestad, y el inmenso silencio del Sud descendía sobre la población.

III

Era el Café Koenig el punto de reunión obligado de los aventureros, los empleados, los vagabundos de allende el mar, en Río Gallegos. Sobre sus mesas concertábanse negocios fabulosos, se urdían infamias, se soñaban heroísmos, soplaba un viento de murmuración y de ambición.

Allá solía ir Marta, con sus amantes ocasionales.

Conocía desde hacía años al austriaco cuyo nombre llevaba el café. Había tropezado con él en Madryn, en Punta Arenas, en Deseado, flotando siempre en las aguas fangosas de turbios tráficos, hablando todos los idiomas del mundo, presidiendo las alcohólicas tertulias del gran bar, que era en realidad algo así como un remolino donde convergía la vida del Sud.

Allí, Marta Kohn pintada hasta las orejas, por decirlo así, bebiendo champagne siempre, oía historias para ella familiares.

Flotaban en el bar las sombras de otras mujeres del Sud. Había oído muchas veces extrañas historias de una Eva misteriosa que residía en las profundidades de la Patagonia. Era una inglesa, como Kate... y como Mr. Bethune.

Llamábanla "La Baguala", en las inmensas praderas

australes, en las agrias riberas. Dueña de tres grandes estancias, las administraba ella sola, Colt al cinto. Singular amazona, en verdad, aquella que no vacilaba en tumbar de un balazo al peón ebrio que se le venía encima, turbado de lujuria y alcohol.

Existían otras, también, que redimían la infamia de las gaviotas de amor.

Eran las obscuras y humildes mujeres que acompañaban a sus rudos hombres en las soledades sin límites, en los valles profundos, en las riberas de los lagos, donde humeaban las casas donde con el tiempo habrían de alzarse las ciudades del porvenir.

—Está más linda que nunca, señora...

Marta levantó los ojos de la copa de champagne, y vió de pie junto a su mesa a una mujer simpática, de ojos claros y risueños.

Era Aída Koeing, la esposa del propietario, la musa del "pirata de la cabeza cuadrada", como le llamaban algunos clientes.

Marta sonrió.

¿Dónde había conocido a la excelente mujer?

Recordó vagamente. Fué en Puerto Madryn, cuando estaba enferma, y pasábase los días enteros, los mortales días, oyendo el sollozo interminable del Nordeste, el viento nacional de la Patagonia, sobre los edificios de madera y de cinc, o el jadeo monótono de los lentos convoyes que llegaban cargados de lana de Trelew.

Después de decirle algunas palabras amables, Aída se reintegró a su puesto detrás del mostrador.

Koenig iba y venía entre las mesas. Cambiaba groseras bromas con los taciturnos ingleses del frigorífico, que se embriagaban metódicamente con un whisky escanciado de unas chatas y extrañas botellas de barro. Luego, íbase a cultivar la sed de los alemanes, alineando frente a sus ojos estólidos, sendos jarros de azulado barro de Sajonia.

—¡Donnerwetter!

Koenig juraba en todos los idiomas de la civilización.

En aquel tiempo, la guerra ensangrentaba la humanidad. Pero el viento de odio que soplaba de los lejanos campos de batalla moría en las agrias y heroicas riberas de la Patagonia.

—¿Quieres beber más "champagne", rica?

Marta hizo un gesto de repugnancia.

El viejo, bastante alcoholizado ya, la miraba con babosa expresión. Le observó ella de reojo, dominando un estremecimiento.

Aquel vejete innoble, hediendo a hacienda lanar, era uno de los príncipes del Sud. Millares de ovejas y de bueyes, sobre todo las primeras, se multiplicaban en sus campos inmensos. Sus estancias eran mayores que algunos reinos europeos. Decíase de él, don "Peiro" Larrategui, que cuando llegó de Chile, hacía muchos años, todo su capital había sido un revólver y una botella de whisky... y una extraordinaria voluntad, unida a una suerte diabólica.

—¡A ver, otra botella de "champagne", Koenig!

El austriaco no le oyó.

Estaba del otro lado del bar. Un grupo de alemanes entonaban, con voces vacilantes, una canción incomprensible, una melancólica balada de la Turingia, que parecía llorar amores perdidos, solares remotos, congojas sepultadas en la hondura misteriosa del tiempo.

Para llamar la atención del dueño, don Peiro sacó su Colt e hizo un disparo hacia el techo.

La orquesta, compuesta por un terceto de cuerdas, no se detuvo por ésto, ni los alemanes cesaron su canción.

Acudió Koenig, disimulando su aflicción.

—Don Peiro... Don Peiro... — gimió.

Don Peiro sacó la cartera y le arrojó un billete de cien pesos.

—No es nada, señora, no es nada... Por favor...

La orquesta siguió tocando.

Marta miró en torno suyo. Allá, en un rincón, vió a la bilbaína y a una de las francesas, bebiendo champagne.

De pronto, hubo un revuelo en el bar.

Acababa de entrar una mujer rubia, alta y arrogante. Cubría su cabeza varonil un sombrero de anchas alas, un chambergo cowboy, curtido por el viento y la lluvia. Ceñían sus muslos poderosos unos breeches color marrón, impecables, y envolvían sus maravillosas pantorrillas unas polainas muy ajustadas.

Era "La Baguala".

—Dicen que la semana pasada mató a otro peón...

Marta oyó claramente estas palabras, pronunciadas en una mesa próxima. El que hablaba era un empleado de un Banco local, un mozo de Buenos Aires, que profesaba una pasión romántica hacia la amazona.

La Baguala, sin mirar a nadie, atravesó el bar y se sentó en un mesa. Sus fríos ojos azules se pasearon por los circunstantes, sin reconocer a nadie.

Marta la contempló con ardiente curiosidad. La había visto dos veces, una de ellas a bordo, durante un viaje a Punta Arenas. Recordaba las leyendas que circulaban respecto a la extraña mujer. Era divorciada, según algunos, de un galense enriquecido en el Chubut, largos años atrás, y que se casara con ella en Inglaterra.

—Hace lo que debía hacer, — siguió diciendo el empleado del Banco, — una mujer bella, rica y sola, en la Patagonia, debe llevar siempre un Colt al alcance de la mano... Y debe también saber usarlo cuando llega el caso...

—¿Nunca la procesan, por disparo de armas, o por homicidio?

El amigo del empleado, que bebía Old Tom Gin con bitter, observaba a al amazona, que pidió cerveza ne-

gra, y la consumía ante las genuflexiones serviles y admirativas de Koenig.

—¿Procesarla, a La Baguala? ¿Estás loco, hombre?

Explicó luego que todos los hombres que no admiraban a La Baguala, la temían; jueces letrados, jefes de policía, gobernadores, fiscales...

La extraña mujer estaba más allá de las leyes. Se le conocieron amores bizarros, con viajeros que se pasaron un día en las duras riberas de Santa Cruz. Pero el corazón de La Baguala era como el de la mayoría de las mujeres. Los amantes desaparecían en la cubierta de los navíos que llegaban y partían en los anchos caminos del Océano.

Marta la miraba, meditabunda, dejando el champagne intacto. Comparaba su existencia, la de sus compañeras, con la vida de aquella compatriota de Kate, arrancada al corazón de Londres, y transplantada bruscamente a la entraña de la Patagonia, en medio de las tempestades, de las nieves, de los inmensos rebaños que acumulaban las riquezas del porvenir.

—¿No tiene hijos?

—Uno, — respondió el empleado, nostálgico, sirviéndose más Old Tom Gin. — Lo tiene en Buenos Aires, en un colegio inglés. Algún día será millonario.

Marta suspiró, mientras las pupilas de don Peiro se enrojecían con las libaciones. Pensó en el hijo de La Baguala.

Y sintió súbitamente, en el tumulto del Café Koenig, una pesadumbre misteriosa. Levantó la copa de "champagne" y la apuró de un sorbo. Y en el corazón de la prostituta vibró un acento estremecedor: el llanto de uno de esos niños de ensueño que siempre cantan y lloran en el corazón de las mujeres estériles...

Los alemanes ya no cantaban.

El sordo murmullo de las conversaciones sucedía a los sones del terceto. Un piano automático hacía resonar ahora los ámbitos del bar, en el cual flotaba una

bruma saturada de aroma de tabaco rubio y de champagne.

Una voz de mujer, aguda y musical, se elevó sobre el tumulto.

Era Ninón, la francesa, que cantaba, ebria ya:

"Mirella, Mirella la jolie,
La plus belle de l'Italie..."

Su compañero intentó hacerla callar. Pero la francesa terminó, impávida, su canción.

Una mujer de cabellos recortados, de ojos extrañamente vivaces, miraba a sus compañeras de sexo, sentada en un rincón, mientras devoraba una cazuela chilena. Frente a ella, en la misma mesa, un hombre pálido, afeitado, fumaba impasible.

También la conocía Marta.

Era una transformista italiana, llegada de Punta Arenas, que estaba dando unas funciones en el teatro de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, el único teatro que existía entonces en la capital de Santa Cruz.

Era relativamente célebre. Todos los años recorría con su compañía, que se componía de su persona y de tres ayudantes, todas las ciudades y los puertos de la costa atlántica, desde Pernambuco hasta Punta Arenas. Decían que era napolitana, y que surgiera de un prostíbulo de Milán.

Bah, ¿qué importa de donde había salido?

Marta la miraba con respeto.

¿Acaso no era una artista?

Todas las cabezas se volvieron. Era La Baguala, que terminada su botella de Stout, se iba del bar.

Un Ford la esperaba, fuera.

Marta la vió desaparecer, con un leve suspiro de envidia.

Era la mujer más extraordinaria del Sud..

Don Peiro, completamente borracho, también se que-

ría ir a dormir. Sus manos torpes arrugaban convulsivamente los billetes de cien, de quinientos, de mil pesos. Algunos caían al suelo y Marta los levantaba, pacientemente, devolviéndoselos.

Se levantaron después de pagar el gasto, que ascendía a más de cien pesos. El piano automático callaba y los músicos del terceto preparaban sus instrumentos. Los alemanes renovaban sus jarros de barro de Sajonia, coronados de dorada espuma, mudos y nostálgicos.

Salieron.

Marta sintió frío.

IV

Ocho mil seiscientos pesos.

Sola en su pieza del Hotel Argentino, Marta Kohn contaba su cosecha. Pensaba ir a Comodoro Rivadavia. Hacía veinticuatro días que estaba en Río Gallegos.

Sus compañeras tampoco habían perdido el tiempo. Hasta la napolitana Marieta, que en sus arranques de furiosa pasión se olvidaba de hacerse pagar, tenía reunidos más de cuatro mil pesos.

Muchos de los príncipes de la lana habían regresado a sus estancias, hartos de carne y de champagne.

Pero todavía quedaban los ingleses del frigorífico, los alemanes que se alcoholizaban con cerveza en el café Koenig...

Las dos francesas levantaron el vuelo. Se embarcaron en el Asturiano. Una de ellas, Ninón, confesó a Marta que llevaba cerca de ocho mil pesos.

Agregó que tenía el propósito de instalar "une maison" en Punta Arenas. Iba a Buenos Aires a reclutar pupilas. Pero tenía miedo, un miedo horrible de encontrarse con Marius, su antiguo y brutal amante, que la buscaba siempre por los burdeles y los "café de nuit" de la capital federal.

—Me matará, si me encuentra, — decía, — ¡mon Dieu! Pero antes me sacará hasta el último centavo...

La ardiente Marieta no pensaba moverse de Río Gallegos. Empezaba a experimentar una monstruosa pasión por la bailarina sudafricana. Díjole a Marta que era capaz de darle a la bella Stafford los cuatro mil pesos que había ganado en la capital de Santa Cruz.

Marta la escuchaba con vaga repugnancia.

Fué cuando supo el asesinato de la bellísima inglesa cuando decidió irse a Comodoro Rivadavia.

¡Pobre y angelical Kate!

Un chauffeur había encontrado su cadáver entre la nieve, en el camino de la Pampa Alta.

Raptada por el indio que la conociera en el cabaret de la bella Stafford aquella noche de hacía dos semanas, todos ignoraban que fuera de ella.

El indio era un chileno que tenía una estancia cerca del Lago Argentino. Autor de más de un homicidio, su enorme fortuna — sólo ese año vendió ciento cuarenta mil kilos de lana — le evitaban molestias con la justicia.

¡Pobre Kate!

Y un inglés quiso casarse con ella en Punta Arenas...

En fin, era el destino.

Veía el cuerpo blanquísimo de la inglesa, ensangrentado y solitario sobre la nieve de la Patagonia. Recordaba la noche que la encontrara llorando en un pasillo de la cueva de la Stafford, con su traje de bañista hecho pedazos.

—¡Brutos! ¡Oh, brutos!...

Carmen la malagueña se embarcó con ella para la ciudad del petróleo. La ex actriz llevaba cinco mil pesos justos. Demacrada, extenuada, la andaluza echaba pestes contra los adanes de Río Gallegos.

—En todas partes son iguales, — le dijo Marta, recordando los años pasados en los prostíbulos, los millares de hombres que pasaron sobre su cuerpo.

Antes de embarcarse se proveyó de varios litros de agua de Colonia.

Pero no podía librarse del olor a oveja que le dejara el viejo gordo que le llenaba las medias de amarillos billetes de cien pesos.

Subieron a bordo.

Marieta y la bailarina fueron a despedirse de ellas.

Soplaba un viento frío, penetrante, que llegaba hasta la médula.

—¡Hasta el año que viene!

Arrancó el vapor.

—Me voy al camarote, — dijo Marta, sacando un frasco de agua de Colonia de una valija.

Antes de abandonar la cubierta miró las casas, las calles de la ciudad austral, de la cual ella y la malagueña llevaban un puñado de billetes sudados y sucios.

—¡Brutos! ¡Oh, qué brutos!

Suspiró. Ahora iba a descansar durante unos días, por lo menos. Al entrar al camarote se enjugó una lágrima.

—¡Pobre Kate!



EL IDILIO DE SIMON

Cada vez que Simón Bordenave llegaba al Bar de las 8 Naciones, Jacobo Chamorro, su propietario, experimentaba una extraña inquietud.

Aquella noche, Simón apareció completamente borracho, cosa que no dejaba de ser frecuente.

Se le conocía desde que puso los vacilantes pies en el primer tramo de la sucia y pegajosa escalera que conducía a las profundidades tenebrosas del bar; se le conocía en el resplandor característico de sus ojos verdes y furtivos, ocultos, por lo general, detrás de unas gafas negras que contribuían a dar al pobre Simón cierto aspecto siniestro.

Descendió con dificultad, pero con aire digno y solemne, los ocho o diez escalones, y pronto se encontró entre las mesillas rodeadas de marineros y mujeres, la concurrencia habitual del figón subterráneo.

Jacobo, que lo había visto entrar, ceñudo e inquieto, le salió al paso.

—Vete de aquí, borracho — gruñó.

Simón se tambaleó pesadamente; hubiera rodado por el piso si un atlético fogonero, vestido con un grasiento "over-hall" amarillo, no lo sujetara con mano férrea.

Simón quedó solo, de pie, en medio de la concurrencia.

—Jacobo Chamorro — exclamó con voz estridente y amenazadora, — me sorprende que tomes esas libertades conmigo.

Jacobo era un hombre de baja estatura, rechoncho, de calva reluciente y rostro congestionado. Era una figura temible en los antros portuarios, un capitán del bajo fondo. Dominaba, solo, con Angela Pereyra, la brasileña, aquel pequeño mundo de rameras internacionales y de aventureros cosmopolitas.

Después de las palabras enigmáticas del ebrio, quedó indeciso. Los ojos, hundidos en su ancho rostro grasiento, brillaban con un resplandor malévolo.

Los dos hombres, silenciosos, permanecieron unos instantes uno frente al otro.

La orquesta de viento del Bar de las 8 Naciones tocaba una sinfonía infernal.

Fué Simón quien rompió el silencio.

—Dile al mozo que me traiga cerveza, Jacobo Chamorro — dijo, acercándose a una mesilla.

La robusta figura del dueño del bar se encogió convulsivamente. Hubo un instante en que pareció que iba a arrojarse sobre el ebrio. Una arruga profunda, lívida, se marcó en su frente.

Simón lo miró y tuvo un estremecimiento.

—Ten cuidado con lo que haces, Jacobo — balbuceó, alejando su silla y parapetándose detrás de la mesilla.

Jacobo se encogió de hombros y se volvió a la caja, dando una orden a un camarero que contemplaba impasible la escena, en medio del estrépito del bar.

Los ocupantes de la mesa vecina, entre los que estaba el fogonero del "over-all" amarillo, miraban boquiabiertos, mudos. No habían comprendido nada.

—Me tiene miedo — les informó Simón, soplando la espuma que coronaba su enorme vaso de cerveza, — me tiene miedo, porque yo...

Su mirada insegura tropezó con los ojos hostiles de Jacobo y guardó un súbito silencio.

Bebió innumerables vasos, uno tras otro.

Al octavo, lloró amargamente.

—Dice Jacobo que se vaya — le dijo un camarero, retirando el vaso vacío.

Simón rió desdeñosamente.

Su amarga y repentina tristeza se disipaba con rapidez.

Con el rostro humedecido aun por las lágrimas recientes, habíase incorporado en su asiento, y cantaba, con vacilantes berridos, la canción del "Peer Gynt".

Pero ya todos acabaron por aburrirse de él, y nadie volvió a hacerle caso. Solamente Jacobo no le perdía de vista.

—¡Eh, Jacobo! — gritó de pronto Simón, de pie y agitando los brazos como un semáforo, — ven aquí, que te necesito...

Jacobo abrió la caja, sacó un billete de diez pesos y se lo envió con el camarero.

Simón miró el billete de Banco, volvió a colocarse las gafas con cómica dignidad, y se sentó de nuevo, golpeando las manos.

—¡Mozo, cerveza! Yo pago... Tráigale a estos señores, son amigos míos — afirmó gravemente.

Esta vez fué Jacobo quien se acercó.

—Te he dado estos diez pesos para que te vayas — díjole. — ¡Basta de escándalos aquí!... Vete a cualquier otra parte.

—¿Me insinúas que me vaya? — preguntó Simón, con acento ofendido.

—No; te echo de aquí — aclaró Jacobo, levantándolo en peso y señalándole la puerta.

—No me iré hasta que la orquesta haya tocado el "Peer Gynt" de Grieg — manifestó Simón.

El dueño del Keller le sacudió con impaciencia.

—¡Vete de una vez, Simón!...

La orquesta de viento, una verdadera pesadilla de ruídos, llenó el mugriento sótano con los acordes de

una marcha. Simón la escuchó embebecido, y quiso pagarles una vuelta de cerveza a los músicos, pero no le dejaron.

Grave y solemne como había entrado, hizo un saludo profundo al hombre del "over-all" amarillo, y se encaminó inseguro hacia la puerta.

Intentó subir los primeros peldaños que conducían a la vereda, pero las piernas no le respondían. Volvió a intentar dos o tres veces la penosa ascensión, en medio de la curiosa expectativa de todo el bar.

Finalmente, haciendo un esfuerzo, retrocedió algunos pasos, y tomando impulso, se precipitó hacia la escalera.

Una vez llegado al último trapo, apoyándose en la baranda, se volvió y saludó con dignidad.

Una salva de aplausos saludó la hazaña de Simón, que se perdió en las penumbras del Paseo de Julio, entonando el "Peer Gynt" de Grieg.

La inquietud de Jacobo

—¿Cómo haríamos para que no volviera a poner los pies aquí?

Era temprano, una mañana de principios del verano, y la cueva subterránea de la calle Sarmiento, solitaria, poblada de olores acres y extraños, sumíase en una pegajosa penumbra.

Jacobo estaba sentado, con los brazos sobre una mesa. Sentada frente a él, una mujer rubia, de arrogante estatura, se pulía distraídamente las uñas.

—¿Cómo haríamos?... repitió Jacobo, enjugándose las gotas de sudor que empapaban su frente enrojecida.

—¡Qué se yo! — respondió la mujer, encogiéndose de hombros.

—Ese borracho nos va a perder el día menos pensado, Angela —afirmó Jacobo.

—No lo creo — opinó Angela Pereyra, dando una

última lustrada a sus uñas relucientes, — mientras le des cerveza y algunos pesos...

Jacobo calló, sombrío y preocupado.

Maldecía la hora en que conoció a Simón Bordenave.

—¿Sabe?... — interrogó la mujer.

—Sabe demasiado — contestó el dueño del Keller.

Ambos permanecieron silenciosos. El calor asfixiante de la calle entraba en ondas calientes y turbias al sótano solitario.

—¿Dónde lo conociste?

—Hace muchos años — respondió Jacobo, evadiendo la pregunta.

No tenía secretos con Angela Pereyra, que era su querida oficial; pero no le gustaba acordarse de los tiempos idos.

En cambio, Simón Bordenave, cuandó el alcohol le empezaba a encender la memoria y la imaginación, contaba a sus amigos, en las tabernas del Paseo de Julio y de la calle 25 de Mayo, cómo había conocido a Jacobo Chamorro.

Simón era español, según unos; centroamericano, según otros. Nadie lo sabía. Por otra parte, a nadie le interesaba la nacionalidad de Simón.

Tenía treinta y tres años y andaba por tierras de América desde los diez y nueve.

Había tropezado con Jacobo en los gomales de Bolivia, ocho años atrás.

Contaba, con lenguaje pintoresco, las historias de terror y de muerte de aquellas regiones malditas. Describía la trata de gomeros en Santa Cruz de la Sierra, una trata siniestra, lúgubre; los cafetines donde se firmaban los contratos de trabajo, sitios extraños y pintorescos, en cuyo interior hormigueaba una turba de hombres y de mujeres, una especie de buitres en forma humana, cuya misión era capturar desventurados para la faena mortal de la goma.

Jacobo, el mejicano, era uno de aquellos buitres.

Simón abundaba en detalles horribles al hacer su relato.

—Las orquestillas miserables tocaban continuamente, y el whisky y el aguardiente de caña corrían a chorros — contaba; — y cuando los infelices peones habían bebido bastante, les hacían firmar el contrato... Después... ¡Ah, después!

En los primeros tiempos, cuando yo llegué al Beni, — seguía diciendo, — los llevaban a pie, pero como muchos se enfermaban o se morían en el camino, los llevaban amontonados en carros, como reses... Era un viaje penoso y mortífero, bajo el ardiente sol subtropical, a través de los arenales abrasados. Todo intento de fuga era imposible, porque los crueles pastores de aquellos rebaños humanos andaban siempre con el revólver a la diestra...

Cada vez que Simón contaba esa historia, en el Bar Garibaldi o en el Café Egipciano, la adornaba con nuevos y repugnantes detalles.

—Los picadores de goma teníamos que trabajar hundidos hasta la cintura en las aguas fétidas de los pantanos, de día y de noche. Trabajábamos y vivíamos aspirando el aliento de la muerte. En las aguas verdosas e inmóviles nos acechaban la viruela negra, la fiebre amarilla, la disentería, el beriberi... La fiebre amarilla, principalmente, la maldición de los trópicos, aleteaba sobre nuestros miserables campamentos, y hacía caer de las manos temblorosas de mis compañeros las bolachas de goma, que parecían amasadas con nuestra propia sangre... Cuando se morían, obscuros y solos, temblando de fiebre, las ondas de los grandes ríos se llevaban los cuerpos de los infelices, que servían de pasto a los caimanes. Durante las epidemias, tenían lugar episodios espantosos. Se cosía a los apestados, vivos y palpitantes todavía, en bolsas de lona y se les arrojaba al Beni...

—¿Y Jacobo Chamorro, qué hacía allá?

Cuando le hacían esta interrupción, Simón Bordenave callaba bruscamente.

—Tenía un bar — informaba, sin entrar en detalles.

No contaba cómo Jacobo le hiciera firmar un contrato luego de embriagarlo brutalmente. Pero contaba su huída del infierno de la goma; su llegada a pie al Paraguay...

Terminaba por emborracharse de un modo completo, y entonaba los "suites" de "Peer Gynt".

El oficio de Angela Pereyra

Angela Pereyra vino de Pernambuco a Buenos Aires en 1906.

Cansada de su profesión — la más antigua del mundo, — resolvió un día erigirse en empresaria, cuando trabó relación con Jacobo Chamorro.

El capitán del bajo fondo regresaba de una de sus misteriosas correrías. Meditaba la instalación de un bar en los desfiladeros de la City.

Asociado con Angela Pereyra, que tenía capital, abrió en la calle Sarmiento el Bar de las 8 Naciones.

Allí se deslizaba tranquila y próspera la existencia de ambos, amos indiscutidos de aquel antro subterráneo de marineros, cuando un día se presentó Simón Bordenave.

Jacobo le creía desaparecido entre las aguas verdosas de los pantanos del Beni, de manera que la reaparición de Simón no le hizo mucha gracia.

Pero el pobre Simón parecía no guardarle rencor. Se indignaba tan sólo cuando le decían que estaba ebrio y que se fuera.

Era un sentimental. Gustaba embriagarse por completo y recitar los versos castellanos del Cyrano, o cantar el "Peer Gynt".

Angela Pereyra le odiaba del modo más cordial, no

obstante la exquisita cortesía con que la trataba Simón, especialmente cuando se hallaba muy ebrio.

Sabía la brasileña que el alcoholizado aventurero conocía recónditos secretos de su compañero, y no sabía en qué momento o en qué estado o en qué compañía Simón iba a soltarlo todo y a arruinarlos a los dos.

Contaba Angela unos treinta y siete o treinta y ocho años, y conservaba aun los restos de una belleza que debió ser singular en su primera juventud. Sus cabellos, de un obscuro rojo veneciano, como los de una figura ticianesca, tenían reflejos de fuego. Sus ojos negros y profundos contrastaban extrañamente con la palidez de cera de su semblante enérgico y regular, y la rojiza diadema de sus cabellos.

El pobre Simón la admiraba y la temía. Sentía el sordo rencor que le guardaba la brasileña y para captarse su amistad, hacía gala de demostrarle toda clase de miramientos.

Hasta solía llevarle ramitos de flores, que la mujer arrojaba despreciativamente a un rincón de la taberna, o lo daba a una de las concurrentes.

—Tendremos que aguantarlo — comentó Jacobo, sin dejar de enjugarse el sudor, que corría en delgados hilos por su frente saliente.

—¿Por qué no le das algún dinero para que se vaya a cualquier parte? — inquirió Angela, contemplando complacida sus hermosas manos, largas y pálidas.

—Ya le dí una vez, hace tiempo — respondió Jacobo, — le dí quinientos pesos para que se fuera a Bahía Blanca, o a Montevideo, ¡o al demonio! Pero cuando se le terminó el dinero, un mes después, volvió a presentarse aquí.

—Tendremos que aguantarlo — repitió Angela, sintiendo que su rencor por Simón Bordenave se hacía más profundo, más implacable.

La canción del Sollweg

Simón estaba de pie, perorando con aire de sabiduría, ante el corro de fogoneros y peones.

En sus intervalos alcohólicos, resplandecían en su conversación los conocimientos extraños, incoherentes, de sus lecturas casi olvidadas. Solía tener pensamientos luminosos, claras ideas que pasaban como relámpagos por entre las brumas de sus libaciones.

Esa noche de Año Nuevo llegó en un estado regular. Caminaba con paso firme. Hasta tenía algún dinero, ganado u obtenido misteriosamente. Lo exhibía con ademán principesco, e invitaba a todo el mundo.

Llegó alrededor de las diez de la noche, arrugado como un acordeón su eterno traje gris, con el cual dormía, por lo general, y con el cuello y los puños de un color indefinible, pero con los recios botines bien lustrados y el rostro cuidadosamente afeitado.

El Keller estaba casi lleno, y la concurrencia medio ebria.

La orquesta de viento hacía retumbar el sótano con sus marchas y valses vieneses. Sus notas llegaban hasta la calle, y los vagabundos del Paseo de Julio se asomaban melancólicos a aquel paraíso de alcohol al cual no podían entrar.

Había muchas mujeres, de todas las edades y de todos los tipos.

Simón, que se aburría de estar solo, invitó a su mesa a una polaca avejentada, de desdentada boca, ataviada en un ajado vestido rosa. Conocíala de algún tiempo, y la llamaba cariñosamente Irma.

La saludó afable y cortés, interrogándola sobre sus andanzas.

La polaca empinó su copa de anís. Después lo miró con expresión de tristeza.

—Todo va mal, Simón — confesó, melancólica. —

¿Te acuerdas de aquella casa que abrí en la Boca? Al principio todo iba bien. Pero la policía la cerró...

—¡Qué injusticia! — comentó Simón, apurando su cerveza. — ¿Por qué fué?

—Por nada... Una noche mataron a un turco; como si yo tuviera la culpa... Tú me conoces, Simón — agregó. — ¿Crees que yo tuve la culpa de que en mi casa mataran a un turco?

—Claro que no — dijo Simón.

Eran más de las once de la noche.

Jacobo estaba detrás de la caja, entregado a sus cuentas. Angela Pereyra, que solía honrar con su arrogante presencia las veladas del Keller, estaba conversando, en una mesa, con una mujer pálida, cuyo obscuro vestido contrastaba visiblemente con los ligeros atavíos de las pupilas del Bar de las 8 Naciones.

Aburrido de oir las desventuras policiales de Irma, Simón paseó su mirada, cada vez más brillante e insegura, por los rostros de los concurrentes.

Observó algunas caras desconocidas entre las mujeres. Advirtió igualmente la ausencia de algunas habitués.

—¿Y la argelina? — preguntó.

—Se fué a Porto Alegre — respondió la polaca.

—¿Y la austriaca?

—Está presa, pero yo no sé por qué...

De pronto reparó en la mujer pálida que conversaba con Angela Pereyra.

—¿Quién es esa chica?

—Viene aquí desde ayer — contestó la mujer, con indiferencia. — ¿Pagas otra copa, Simón Bordenave?

—Todas las que quieras, Irma. ¿Cómo se llama?

—Qué sé yo... Parece que es argentina... Es la única argentina de todas las que venimos aquí... Dicen que era cajera de una droguería, y que... ¡Mozo!

Observaba atentamente Simón a la desconocida.

Representaba la muchacha unos veinte años, y no

era fea. A medida que aumentaba el calor en el bar, y los ruídos se hacían más roncos, la palidez de la chica se acentuaba hasta hacerse cadavérica.

Angela parecía recriminarla con violencia.

Simón vió que un oficial mercante inglés, que apenas podía tenerse de pie, se acercaba a la mesa donde estaba la compañera de Jacobo y la muchacha, y decía algo que no se alcanzaba a oir en el estrépito de la taberna.

Luego vió que Angela hacía un gesto enérgico, y el oficial tomaba a al muchacha de un brazo.

Algo extraño, insólito, se agitó en las entrañas de Simón. Estaba ya ebrio, pero había tomado una resolución inquebrantable.

Al acercarse al grupo del oficial, de Angela y la chica, sintió de pronto que le flaqueaban las piernas. Angela lo miraba fijamente, y ante aquellos ojos negros y profundos, el pobre Simón sintió que su valor vacilaba.

Pero reaccionó prontamente.

—Déjela que se vaya, Angela Pereyra — dijo con acento firme. — ¿No ve que parece muy enferma?

La muchacha, lívida, desfalleciente, se volvió y lo miró con expresión extraña. El oficial se alejó tambaleándose.

—Venga, niña — dijo Simón; — usted está muy mal, y yo la llevaré a su casa...

—No tengo casa — balbuceó la desventurada.

—La llevaré al hospital, entonces...

La tomó de un brazo, resuelto a todo ya. Era muy tarde para volverse atrás. La chica, que parecía próxima a desmayarse, lo siguió dócilmente. Echaron a andar hacia la puerta.

Angela Pereyra, pálida de furor, centelleándole los ojos bajo sus cabellos de fuego, les interceptó el paso.

—¡Oye, Simón Bordenave — exclamó con voz ronca por la ira: — esto que has hecho esta noche, ya me

la has de pagar!... ¡Acuérdate que me llamo Angela Pereyra!...

Simón la apartó con ademán enérgico y salió del Keller, casi arrastrando a la muchacha. Una vez en la calle, llamó un taxi y le dió la dirección de un hospital.

Eran las doce de la noche. Un estrépito de campanas y del silbatos llenaba los ámbitos de la ciudad nocturna, resplandeciente de luces. Era el Año Nuevo.

Simón sentía que las brumas de la cerveza se disipaban en su cerebro. Sentíase borracho, pero no de alcohol.

Sosteniendo entre sus brazos la figura exánime de la chica, mientras el taxi corría hacia el hospital por las calles iluminadas, se asomó a la ventanilla y entonó con voz aguardentosa y entusiasta, la canción del Sollweg, del "Peer Gynt".

La lucha por un alma

—¡Maldito seas, Simón Bordenave!

Simón soltó una carcajada desdeñosa.

—¡Bah!... Ya no te tengo miedo, Angela Pereyra — dijo, tuteándola por primera vez. Estaba maravillado de su propio valor, de su increíble audacia.

Jacobo, tamborileando en la mesa con los dedos, lo contemplaba sombrío y ceñudo.

Simón se volvió hacia el capitán del bajo fondo.

—Ni a tí tampoco te tengo miedo, Jacobo Chamorro — añadió, heroico y magnífico.

La camisa de Simón estaba más roñosa que nunca. Hacía cuatro días que no se afeitaba ni se lustraba los botines, y posiblemente una semana que no se quitaba su traje gris.

Pero su expresión era diferente. La figura del pobre ebrio ya no tenía el aire furtivo que le era habitual.

Se llamaba Irene Sánchez, y pertenecía a una modesta familia del Salto.

Vino a Buenos Aires con un estudiante de Medicina que conociera durante un verano, allá en su pueblo natal. Habíala prometido él casarse en cuanto llegaran, pero la abandonó a los tres meses, y ella se encontró sola en la capital desconocida. Los vínculos con los suyos quedaron rotos para siempre desde el día que saliera del Salto.

Sabía la pobre Irene Sánchez que su familia no la volvería a recibir jamás; pero sin perder el ánimo, en medio del obscuro drama de su existencia, se lanzó valerosa y desolada a la lucha por la vida.

Logró encontrar dos o tres ocupaciones, en una tiendas, luego en una oficina de informaciones comerciales. Tuvo que huir de allí perseguida por el jadeo de los lobos...

Finalmente, luego de una peregrinación dolorosa, de un humilde calvario que nunca podría olvidar, se colocó en una gran droguería central, donde le dieron un puesto de cajera.

—Un día se descubrió un desfalco — explicó la infeliz; — faltaban ciento cuarenta pesos en la caja... Yo sospechaba quién era el culpable, pero no podía denunciarlo... Me pusieron en la calle...

—No se acuerde de esas cosas — dijo Simón, que escuchaba serio y conmovido el relato.

—Esa mujer del bar, esa rubia alta — siguió diciendo Irene, — me conoció en la calle... Una tarde que yo caminaba por la Plaza Colón, sin saber qué hacer ni dónde ir, se me acercó y me habló... Luego me dió cincuenta pesos y me llevó a su casa... Tres días después, aunque yo me sentía enferma, me llevó al bar. Era la noche de Año Nuevo.

Simón permanecía serio, rígido.

—No siga... Le hace daño — murmuró.

Pero Irene había perdido el conocimiento.

Hablaba fuerte, y sus ojos de un gris verdoso sostenían la mirada de Angela.

—Dinos dónde está esa mujer, Simón Bordenave...

Simón volvió a reir ruidosamente.

—Se ve que no me conoces, Jacobo Chamorro — contestó.

Eran las tres de la tarde y el bar estaba solitario.

—No lo sabrás nunca, Jacobo — agregó.

Se inclinó para encender un cigarrillo, y aprovechando el momento, el hercúleo Jacobo lo tomó del cuello.

El rostro de Simón se puso violáceo. Quiso, pero sólo pudo emitir un gemido estertoroso.

—Aprieta — dijo Angela, mirando cómo el pobre Simón se retorcía impotente entre las manos de acero de su compañero.

Sonaron pasos en la escalera y Jacobo soltó a su víctima con una blasfemia.

—Otra vez será, Simón Bordenave... ¡Otra vez no te escaparás!...

Simón se arregló su cuello sucio y arrugado, se frotó el pescuezo dolorido y lo miró riéndose.

—¡Diablo!... Tienes fuerza, Jacobo — exclamó; — pero ni con toda tu fuerza volveréis ni tú ni Angela a apoderarse de esa mujer...

Abandonó el Bar de las 8 Naciones.

Afuera, hacía una temperatura de fuego. Todos los olores del puerto, del Paseo de Julio, de los fondines internacionales, se fundían en una hoguera asfixiante.

Simón empezó a atravesar calles y calles, sin cuidarse del sol. Los años pasados en el horror caliginoso del trópico le inmunizaban de los ardientes veranos porteños.

Detúvose en dos o tres despachos de bebidas por el camino, y a la hora de salir del bar de la calle Sarmiento, se hallaba frente al Hospital de Clínicas.

———

La muerte de Ascha

Dos meses duró la enfermeadd de Irene Sánchez. Por espacio de esos dos meses, Simón iba casi diariamente al hospital. Le llevaba flores.

Andaba ahora con algún dinero. Llevaba camisas limpias, y se afeitaba con una frecuencia alarmante.

Durante el tiempo que duró la enfermedad de Irene, evitaba en lo posible las visitas al barrio de la calle Sarmiento y el Paseo de Julio.

Sólo apareció por allí dos veces.

Fué en circunstancias que estaba tan borracho que casi ni se acordaba de las amenazas de Jacobo y de Angela Pereyra. Las dos veces le arrojaron ignominiosamente del bar, a pesar de sus protestas y de su ofrecimiento de pagar lo que consumiera.

Jacobo lo buscaba por los fondines de la City. En medio del tumulto de las orquestillas y de los ebrios, renovaba sus amenazas.

Pero Simón, que siempre había carecido en absoluto de valor personal, desafiaba las iras de Jacobo.

Una noche de Carnaval, en vísperas de que Irene Sánchez fuera dada de alta en el hospital, Simón Bordenave, prodigiosamente borracho, hizo su aparición en el Keller.

El bar estaba lleno, como la noche de Año Nuevo.

Jacobo y Angela se acercaron a la mesa del aventurero.

—Por última vez, Simón — intimó Jacobo, — dinos dónde está la mujer que te llevaste.

Simón lo miró con mirada insegura. Sus ojos relucían, encendidos por el alcohol.

—Dile a la orquesta que toque la muerte de Ascha, Jacobo — ordenó.

Jacobo lanzó una blasfemia.

La orquesta de viento prorrumpía en las notas alo-

cadas de un vals de Viena. Dos ebrios cantaban, en inglés, en un rincón.

Simón, situado entre los dos miserables, sintió de pronto la fría punta de un puñal en un costado. El acero le atravesaba el chaleco y la camisa.

Pero no se inmutó.

—¿Me vas a asesinar aquí, delante de todo el mundo, Jacobo Chamorro?

Quiso incorporarse y cayó sobre la mesa, que rodó con estrépito.

La orquesta de viento calló bruscamente y acudieron los camareros del antro. Los borrachos seguían cantando.

Simón logró ponerse de pie.

—¡Jacobo Chamorro, voy ahora a decir en la policía cuál es tu verdadero nombre! Voy a decir qué hiciste en la Asunción del Paraguay en junio de 1911, y en el Rosario, en diciembre de 1912. Voy a decir por qué huíste de Méjico en 1908. Voy a decir...

El homicida estaba lívido, Su semblante rojizo, congestionado, tomaba un color blanco verdoso, y sus ojos parecían querer salírsele de las órbitas.

—¡Está borracho!... ¡Sáquenlo de aquí! — gritó Angela Pereyra, encendida de furor. — ¡No sabe lo que dice!...

Dos camareros sacaron a empujones a Simón, y la orquesta prosiguió el vals.

Simón se quedó aturdido en medio de la calle Sarmiento. Oíanse voces y músicas de máscaras.

—¿Usted conoce a Jacobo Chamorro?

Simón miró al hombre. Le pareció haberlo visto en el bar, cuando Jacobo le pinchaba con el cuchillo.

—No se llama Jacobo Chamorro... — contestó lentamente; — su verdadero nombre es Mauricio Heredia... Hay un pedido de extradición contra él desde hace años. En el Paraguay mató a un socio que tenía en el Bar Germania, y huyó... En el Rosario, narco-

tizó en un cafetín al capitán de un barco mercante norteamericano y le robó ochocientas libras esterlinas.

El hombre le oía con atención profunda.

—¿Quiere acompañarme?

—Vamos — dijo Simón; — un ciego hubiera reconocido en usted a un policía...

El hombre frunció el ceño, pero no dijo nada.

Ambos siguieron andando, en medio del tumulto de la noche de Carnaval.

El día que Irene Sánchez debía salir del hospital, Simón fué a verla, por la mañana.

Pero no se atrevió a encontrarse con ella, y le mandó desde la puerta una carta, que escribió en un despacho de bebidas situado en la esquina del hospital. La carta decía así:

"Señorita Irene: Me alegro que está bien. No tiene nada que temer de las personas que usted sabe, porque están en poder de la policía. Le suplico que acepte estos cuarenta pesos como recuerdo. Espero que encuentre trabajo, y algún día un hombre que la quiera de veras. Adiós.

"La saluda atentamente.

"Simón Bordenave".

Todo el día lo pasó bebiendo.

Al anochecer se le había terminado el dinero, y se dirigió a su casa. Mientras subía la sucia escalera de su tugurio, que quedaba en la calle Uruguay, inseguro, tambaleando, iba cantando el "Peer Gynt" de Grieg, la "suite" de la muerte de Ascha.

Encendió una vela en su cuchitril y siguió cantando, sin cuidarse de los rezongos de los vecinos.

A la lumbre vacilante del candil, que arrojaba sombras fantásticas en los roñosos muros del cuartucho, ató su cinturón de cuero en una viga del techo y se echó un lazo al cuello.

Bamboleándose, sin terminar la "suite", y se preparaba a dar el salto a la eternidad, cuando sonaron unos pasos ligeros en la escalera y una figura menuda se dibujó en la puerta del tugurio.

—¡Señor Simón!... ¡Señor Simón!...

Simón Bordenave se quedó helado.

—¡Dios mío!... ¡Se está por ahorcar! ¡Socorro!

Simón lanzó una blasfemia, y se resignó a postergar su suicidio.

—Lo he estado buscando desde la mañana... Desde que salí del hospital — exclamó Irene Sánchez. — ¿Por qué se quería matar, señor Simón?

—Porque soy un miserable — dijo Simón, sombrío.

Irene Sánchez le envolvió en sus brazos enflaquecidos.

—No, Simón — dijo sollozando, — usted es un santo... ¿Quién haría lo que usted ha hecho por mí? No tenía qué comer y me daba todo su dinero. Me salvó de aquellos miserables...

Por segunda ver en su vida, Simón sintió que algo insólito y extraño se agitaba en sus alcoholizadas entrañas.

—Entonces, Irene... — balbuceó.

—No quiero que me abandones... Quiero estar siempre contigo, Simón. Yo seré tu mujer, tu hija... No te emborraches más...

—Nunca más — aseguró Simón Bordenave.

Y asomándose a la puerta, terminó de cantar la la suite de Peer Gynt.



LA ULTIMA SERENATA

ERA uno de esos africanos harapientos que matizan, junto con los coolíes asiáticos y los egipcios aceitunados y los hindús color cobre, las caravanas blancas y taciturnas del Paseo de Julio.

Desembarcó una mañana de junio de la proa del "Ouessant", y la dirección de inmigración — en aquellos tiempos felices en que los hombres rodaban por los caminos de la tierra sin que nadie les preguntara quiénes eran ni de dónde venían — ni siquiera advirtió la existencia de aquel negro andrajoso y errante.

Venía de Marsella.

El gerente de la fonda Ligure lo contempló con expresión dudosa. Pero el negro le mostró unas monedas de plata, sin decir una palabra. El gerente se tranquilizó.

Le dieron una piezucha, uno de esos siniestros tabucos de fonda miserable que se dirían una pesadilla de Dickens.

Nada más mísero que el equipaje de aquel desconocido. Consistía en un baúl de tela desgarrada y sucia y una caja que semejaba un diminuto ataúd.

Esa noche durmió en la fonda.

Durante el día, durante varios días, se le vió vagar como un sonámbulo por el Paseo de Julio, un alma

perdida entre las caravanas de la miseria, hundidas las atezadas mejillas, fijos y extraños los ojos, lentos y vacilantes los pies.

Al obscurecer, comía la bazofia del fondín y se refugiaba con su alma en el tabuco.

Y fué en las noches frías de un invierno que llegaba, cuando el alma del negro harapiento se volcó en las profundidades mugrientas y siniestras del Paseo de Julio.

Abría con manos temblorosas el diminuto ataúd y sacaba un violín muy viejo, cuyas maderas se quejaban con quejidos humanos.

Los hombres borrachos y sucios, allá abajo, oían vagamente la canción del violín. Una canción que hablaba de cielos tropicales, de palmeras inclinadas al rayo de la luna; una canción de ciudades resonantes y luminosas, de amores sepultados en la entraña del olvido, de noches azules besadas por las brisas del Mediterráneo.

Aqueella canción del violín invisible se perdía bajo las arcadas, se la llevaba el viento helado del invierno; resbalaba sobre el corazón de los miserables, como las gotas de la lluvia sobre las estatuas. Arriba, en el tugurio poblado de parásitos, el negro seguía tocando su violín. Algunas veces el brazo que sostenía el arco se detenía, y el dorso de la mano color ébano enjugaba una gota ardiente, y se oía un gemido.

—¡Cuba! ¡Cuba!

Volvían a las pupilas enrojecidas del negro las visiones de Londres, de París, de Viena. Aquel violín que sollozaba en el regazo del Paseo de Julio había enternecido más de una vez el corazón de las reinas, había agitado la púrpura de los tronos con el milagro de sus melodías, con el sortilegio de sus voces extrañas y maravillosas.

* * *

Fué una noche de lluvia en que el viento glacial barría el pueblo sumergido, cuando la "Serenata de los Angeles" pobló de celestes ensueños el Paseo de Julio.

¡Cómo cantaba el violín en la noche de los miserables, en los turbios y siniestros silencios de las arcadas!

El negro veía ahora, en la penumbra del tabuco, un rostro misterioso de mujer, unos ojos azules que parecían contemplarle sonriendo desde el paraíso.

La "Serenata de los Angeles" enmudeció bruscamente. El miserable cayó de rodillas junto al mugriento catre.

—¡Louise! ¡Louise!

La veía, sí, la veía como en aquella noche lejana de Viena, cuando hizo estremecer el corazón de la princesa con la inmortal "Serenata"...

—¡Louise! ¡Louise!

* * *

—Ese negro de arriba hace dos días que no paga la pieza. Vaya a cobrarle. Si no tiene dinero póngalo en la calle con su violín.

El gerente volvió a sumergirse en sus cuentas.

Cinco minutos más tarde el mugriento camarero se le acercó, despavorido.

—¿Qué hay?

—Don Nicola... El negro está muerto... Está tirado en el suelo, con los ojos abiertos, abrazado al violín...

LA LOCURA DEL CAPITAN MAC GEE

DESDE las encrucijadas de la calle Australia hasta los baldíos del barrio de los amarillos, nadie dudaba en la Dársena Sud que el capitán Mac Gee estaba loco de remate.

Lo que ignoraban todos era el origen de su decadencia profesional. Porque bastaba escucharle durante un par de horas, en las mesillas del bar de Juliette la francesa, incrustado en un recodo de la calle Pedro Mendoza, para convencerse de que era, o había sido, un hábil marino.

Y no era tan viejo el capitán Mac Gee. Podría tener unos cuarenta y cinco años, y su físico hacía pensar en una estatua de bronce empapada en alcohol...

Un negro jamaicano lo acompañaba siempre, como un eco, como una sombra, como un mal espíritu. Un negro sordomudo, que había sido cocinero en uno de los veleros que comandó Mac Gee en su borroso pasado, y que solía trabajar como reemplazante en los figones de Nino el Italiano, en el Dock Sur, o en los restaurantes genoveses de la Vuelta de Rocha. Mac Gee era, entre otras cosas, un ebrio consuetudinario. No pagaba sus copas más que cuando el negro sordomudo, que se llamaba Jimmy Kingston, le entregaba los centavos ganados en las cocinas de los figones ribereños.

Pero el crédito del capitán Mac Gee era poco menos que ilimitado en las zonas portuarias. Porque en las encrucijadas de los puertos internacionales, llámense Buenos Aires, Montevideo, Trinidad, La Habana o Marsella, los capitanes de barco, aunque estén en decadencia, siempre gozan de crédito. ¿Acaso uno sabe cuándo volverán a mandar veleros o pailebotes de muchas toneladas?

La locura del capitán Mac Gee era singular.

Todos en la Dársena Sur estaban hartos de la historia, contada hasta el cansancio. Bastaba que el pobre Mac Gee bebiera un par de copas y comenzara el relato del hundimiento de la goleta "Miriam" para que todos, desde Juliette la francesa hasta Girini, el dueño del bar Garibaldi, lo dejaran solo, narrando el lejano y borroso suceso a las litografías de las familias reales que adornaban la pared.

El único a quien la historia de la goleta "Miriam" parecía interesar vivamente, era al negro jamaicano.

Como el negro era sordomudo, es de presumir que no oía una sola palabra del relato. Pero parecía seguirlo por los ademanes de Mac Gee, que gesticulaba violentamente, poniéndose de pie, describiendo con detalles lúgubres aquella distante tragedia de las olas.

Si Jimmy Kingston hubiera podido hablar...

Porque él había presenciado el hundimiento de la goleta "Miriam". Era el cocinero de a bordo.

Mac Gee interrumpíase a veces en su narración, y enjugándose el sudor que corría por sus mejillas, señalaba al africano, y decía al auditorio:

—Este negro lo sabe... Se salvó conmigo cuando se hundió la "Miriam"...

Por espacio de tres años, Mac Gee, el jamaicano y la historia de la goleta anduvieron por la ribera de Buenos Aires, hasta que la leyenda de la locura de Mac Gee fué un hecho reconocido por todos.

Naturalmente, no faltaron espíritus suspicaces que

hicieran extrañas afirmaciones sobre la enajenación mental del navegante, y su afán de repetir la historia de un velero de segundo orden que se hundió frente a Fidji hacía muchos años.

Pero eran habladurías, seguramente.

Mac Gee y el negro, si es que algún secreto existía en todo aquello, lo guardaban cuidadosamente. Especialmente el jamaicano...

Fué un mediodía de invierno, en pleno agosto, cuando al capitán Mac Gee le dió el primero de los tres ataques reglamentarios de "delirium tremens", en el bar de Juliette la francesa.

Estaba lloviendo y el bar hallábase solitario.

Jimmy vió caer al suelo a su capitán, retorciéndose extrañamente, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma, y creyó que iba a morir.

Juliette la francesa, que estaba dentro, acudió al oir el ruido de las copas que caían, y también creyó que Samuel Mac Gee emprendía el viaje al infierno.

Pero los dos estaban equivocados. Porque Mac Gee reaccionó, y siguió cargando combustible líquido por espacio de quince días, hasta que una mañana de sol, a principios de septiembre, un segundo ataque dió en tierra con el navegante.

Jimmy miró a su capitán, y después dirigió sus ojos relucientes hacia el gran canal de la Dársena Sur.

Estaba entrando un velero, un velero pintado de rojo sucio, con las velas plegadas, arrastrado por un remolcador estridente y afanoso.

En la proa, al lado de un destruído Eolo que hacía de mascarón, leíase en letras blancas un nombre "Miriam".

Emitiendo ruidos extraños, el africano se ocultó debajo de la mesa, mientras Mac Gee seguía arrojando espuma por la boca.

Juliette la francesa se acercó asustada.

—Los dos están locos — murmuró, enviando en busca de la policía y de la Asistencia Pública.

* * *

Samuel Mac Gee ya no deambula por los malecones ni por los chamizos de la Dársena Sur.

Pero cada vez que los parroquianos de la "Campana Azul", del bar Garibaldi, de "Las Armas de Cardiff", del "Droning Maud", del café Dalmacia y los patrones de las balleneras que traen naranjas del Paraguay ven pasar a Jimmy el africano, idiotizado, taciturno y harapiento, recuerdan la historia de la goleta "Miriam". Mac Gee, antes de irse al infierno, la contó por vez última y confesó la verdad.

El había llevado la goleta "Miriam" a la catástrofe, deliberadamente.

Los dos cajones de libras esterlinas que embarcara en Liverpool con destino a un Banco de Melbourne, Australia, le hicieron pensar en un naufragio. Encalló el velero frente a las islas Fidji, saliéndose un poco de las grades rutas del tráfico oceánico, dejó que se ahogaran sus veintiséis tripulantes, y resolvió esperar un año o dos, a fin de que nadie entrara en sospechas.

Jimmy fué su cómplice.

Pero Jimmy era un negro ignorante, y aunque cocinó durante veinte años en los barcos del mar, era capaz de perderse solo, en el Caribe o en el Mediterráneo, como un niño de dos años en una casa a obscuras...

Después del hundimiento de la goleta "Miriam" empezaron a decirse cosas feas de su capitán, en Suva, la capital de las islas Fidji, en Melbourne y hasta en Liverpool. Sam Mac Gee fué citado por los diarios.

Por eso estaba oculto en las tabernas de la ribera de Buenos Aires, soñando con aquel tesoro siniestro que velaban veintiséis esqueletos de antiguos compa-

ñeros, a pocas brazas de profundidad, entre las rompientes.

Ahora Sam Mac Gee estaba muerto. El pailebote "Miriam", matrícula de Helsingfors, surgió ante sus ojos alcoholizados como el espectro de aquella goleta "Miriam", matrícula de Liverpool, que dormía con sus cajones de libras esterlinas y sus esqueletos bajo las aguas azules del Pacífico, desde hacía ocho años. Y el espectro, junto con el whisky, lo mató.

Algunas personas en la Dársena Sur, entre ellas Juliette la francesa, soñaban vagamente con aquel tesoro criminal que yacía al otro lado del planeta, casi al alcance de la mano...

Pero nadie sabía a ciencia cierta donde se había hundido la goleta "Miriam". Sólo dos personas podían informar sobre el sitio exacto. Una de estas personas estaba en el infierno.

Y la otra era un negro idiota y sordomudo que pedía limosna en la calle Pedro Mendoza, desde las encrucijadas de la calle Australia hasta los confines del barrio asiático.

INDICE

LAS MEJORES POESIAS

Fernández Moreno, El Hogar en el Campo . . .	$	2.—
Juan Carlos Dávalos, Cantos de la montaña . . .	„	2.—
Belisario Roldán, Llamas en la noche	„	2.—
Fernández Moreno, Mil novecientos veintidós . . .	„	1.—
Olegario V. Andrade, Obras poéticas	„	1.80
Salvadora Medina Onrubia, La rueca milagrosa. .	„	2.50
Fernández Moreno, Canto de amor, de luz, de agua...	„	1.—
Raquel Adler, Místicas	„	1.50
Héctor Rodríguez Pujol, Los consuelos	„	2.—
Fernández Moreno, Por el amor y por ella.	„	2.—
Fernández Moreno, Versos de negrita.	„	1.—
Hernández, Martín Fierro. Ida y vuelta	„	1.—
Fernández Moreno, Nuevos poemas	„	2.—
Amado Nervo, Los jardines interiores	„	1.50
Rómulo Baya, La vanidad criolla	„	2.—
Ophelia Calo Berro, El árbol joven	„	2.—
Ismael E. Dozo, El vino de mis odres.	„	2.—

OBRAS VARIAS

Bernardo Frías, Tradiciones históricas	$	2.50
Anatole France, La sociedad comunista	„	0.60
Hugo, Schiller y Benavente, Cartas de amor	„	1.50
M. Maeterlinck, La muerte	„	1.50
Papini, Historia de Cristo	„	3.—
Raquel Adler, Revelación	„	2.—
M. Maeterlinck, Los senderos en la montaña . . .	„	1.50
E. H. H., Mil y un medios de ganarse la vida. . . .	„	2.50
I. Bucich Escobar, Buenos Aires ciudad.	„	2.50
M. Maeterlinck, El gran secreto	„	1.50
Rabindranath Tagore, Poemas selectos	„	0.60
Anatole France, El jardín de Epicuro	„	0.60



Dióse fin a la impresión de este libro a XV días del mes de Marzo del año MCMXXIV por el Dep. de impresiones de la **Editorial Tor.**


EDICIONES
ARGENTINAS
CONDOR